

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y ESTUDIOS SUPERIORES

2

INFLUENCIA CIVILIZADORA Y CULTURAL
DEL MONAQUISMO BENEDICTINO HASTA
LA REFORMA CLUNIACIENSE INCLUSIVE

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

MAESTRA EN HISTORIA ANTIGUA Y MEDIOEVAL

PRESENTA

INES FRANCO

MEXICO, D. F.

1945



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROLOGO

El papel que las órdenes religiosas desempeñan a través de los siglos, tiene tal importancia, que es imposible hacer caso omiso de su historia en el estudio de la mayor parte de los fenómenos históricos del pasado.

El origen del monasticismo ha sido motivo de muchas controversias, sobre todo en el siglo pasado.

En 1877 un profesor de la Universidad de Breslau publicó un estudio llamado "El origen del Monasticismo", en el cual echa por tierra las ideas tradicionales del cenobitismo. Rechaza las fuentes de la historia del monasticismo primitivo, tales como la vida de San Antonio por San Atanasio, las de San Pablo de Tebas y San Hilarión, que, según él, con novelas históricas de tendencias apologéticas, falsificaciones tardías destinadas a velar los orígenes paganos o judíos de una institución cristiana que falsamente decía venir de Cristo.

Para refutarlo, hay que plantear el problema.

La vida monástica es la expresión social de las aspiraciones religiosas de un grupo de hombres que profesan las mismas ideas y quieren alcanzar el mismo fin.

La aspiración de un alma hacia Dios con la mira de acercarse a El por una serie de medios apropiados al objeto, es lo que constituye el ascetismo (*ἀσκησις*, de *ἀσκειν* palabra griega que quiere decir: ejercicio). El ascetismo es de todos los tiempos y de todos los países, es universal, como la religión. El ascetismo es individual, el monasticismo es social (*μοναχός* de *μόνος*) solitario).

La tradición católica declara que el monasticismo es la evolución natural del ascetismo individual de los primeros tiempos y que es como la práctica de los consejos evangélicos. Tiene su razón de ser en el Evangelio, puesto que su razón de ser es la imitación más perfecta de la vida de Cristo en la abnegación de sí mismo y el servicio de Dios, y del prójimo por amor a Dios. La crítica protestante quiso, en nombre de la historia, desechar el origen cristiano del monasticismo católico. Le encontró orígenes exóticos, extraños a la inspiración sobrenatural que reclamaba, y lo trató como desviación del Evangelio. Le buscaron sucesivamente antepasados y modelos en el paganismo, en el judaísmo, en el budismo y aún entre los druidas. Esta lucha lamentable tuvo el resultado feliz de promover un estudio profundo de los orígenes del monasticismo y de las fuentes de su historia. En primer lugar se citan los reclusos de Memphis. Los papiros encontrados en Memphis han revelado la existencia de una categoría de hombres que vivían en el templo de

Serapis y llevaban el nombre de *κατοχή* y que no pueden confundirse con los sacerdotes. En la literatura antigua, la palabra *κάτοχος* tiene un sentido preciso: el de poseído, inspirado por Dios. Estas personas iban al santuario de Serapis para obtener una respuesta del dios, o para buscar su curación o la de otras personas, vivían en el interior del santuario y mientras duraba el tiempo no determinado de su *κατοχή*, sólo tenían relaciones muy limitadas con las personas de fuera. No se hablan en los textos de clausura inviolable, ni de un servicio de Dios que tuviera por mira mayor perfección moral o purificación interior.

Weingarten al comprobar que San Pacomio había habitado durante algún tiempo en un templo de Serapis hizo derivar la institución monástica de los reclusos de este dios. Pero se demostró que cuando San Pacomio pensaba convertirse al cristianismo sólo había vivido en las ruinas del templo de Serapis, en Shénésit, que es muy diferente, pues no es ésta razón para que Weingarten diga: que había convivido con los reclusos de Memphis.

En cuanto a buscar los antecedentes de los monjes cristianos en la filosofía griega es necesario estudiar esta hipótesis.

Sin duda se encuentra en esta filosofía, particularmente en su decadencia, una serie de manifestaciones ascéticas; ciertas prescripciones de la escuela pitagórica relativas a la abstinencia, al silencio y a los exámenes de conciencia, nos demuestran que en efecto, hubo un esfuerzo hacia una purificación interior. Los cínicos con su desprecio de las cosas de este mundo, Platón con su espiritualismo, Plotino con su contemplación de la divinidad; los estoicos con su indiferencia hacia los bienes temporales y el sufrimiento, ofrecen rasgos comunes a ciertas manifestaciones de la vida monástica. Pero la influencia de las ideas cristianas sobre la filosofía griega en los siglos II y III de nuestra era es ahora un hecho comprobado y admitido.

Tanto el brahmanismo como el budismo tienen sus monjes. Si las comunidades indúes presentan analogías con las del mundo cristiano, la razón es muy sencilla.

Toda sociedad organizada necesita reglas y jefes, y si esta sociedad es de naturaleza religiosa reclama además un conjunto de ejercicios y de observancias religiosas.

El monasticismo budista tiene su origen en la creencia de la vanidad de todas las cosas y en la inmensa dificultad de conseguir su salvación en el mundo, por el deseo de evitar un rodar indefinido en el ciclo de los renacimientos. El budismo desconoce los votos, puesto que no tiene la idea de un dios personal. El monje budista sólo busca una cosa: la ciencia de la salvación; y ésta es muy sencilla: saber morir. La santidad consiste en no hacer nada, en resignarse, en esperar el *nirvana*. Nada de conocimientos, nada de acción, es el embrutecimiento y la ociosidad. No hay más relación entre este monasticismo y el monasticismo cristiano. El único punto común que se puede encontrar entre ellos es la *renunciación* al mundo y aún los motivos que la inspiran son totalmente diferentes.

Por otro lado, se presentaría a primera vista la hipótesis de un origen judaico, por ser la Ley nueva el perfeccionamiento de la Ley antigua.

En efecto, en la historia del pueblo judío hay tres manifestaciones de vida ascética que merecen nuestra atención: el *naziréat*, el esenismo y el terapeutismo.

El nazirato (de nazir, consagrado a Dios) era un voto temporal o perpetuo de abstenerse de toda bebida embriagante, de no cortarse el cabello, y de preservarse de toda impureza legal. (D. Leclercq. Dictionnaire d'Archéologie chrétienne).

Este rito anterior a Moisés, fué practicado por: Sansón, Samuel, San Juan Bautista, Santiago el Menor. Sin embargo, no se puede establecer ningún paralelismo entre este estado y el monasticismo, puesto que el nazir no se separaba del resto del pueblo. (Esenios de asah, curar,? puede ser también asaph reuniformar). Los esenios, al contrario, conocidos por Filón Josefo y Plinio el Antiguo, formaban comunidades ascéticas bien organizadas. En la 2ª mitad del siglo II, antes de Cristo, se les encuentra cerca de Hebrón. Entre ellos, como más tarde entre los monjes cristianos, se practica la comunidad de bienes, una regla para el trabajo y la oración, un traje especial, un noviciado, el celibato, la subordinación a los superiores y esfuerzos continuos hacia la perfección moral. Las semejanzas son extraordinarias y esto se explica por la similitud de las aspiraciones aún cuando son en medios totalmente diferentes.

Fuó un comunismo pasajero, quizá una secta judía helenística, sin liga de continuidad con las manifestaciones de la vida religiosa en el seno del Cristianismo.

Los Therapeutas sólo son conocidos por un tratado: "De la vida contemplativa" atribuido a Filón. Estos, retirados del mundo, llevaban vida de comunidad, ocupados en servir a Dios y en curar sus pasiones, según la etimología de la palabra griega: *θεραπεύω* Servir a alguno. El silencio de la historia acerca de esta secta indica que su existencia fué local y de corta duración; quizá fué utopía ideal soñada por un judío helenizante con el objeto de proponerla a la admiración del mundo griego.

De todo esto se deduce que si hay en el paganismo y en el judaísmo manifestaciones ascéticas, entre ellas y el monasticismo cristiano, no existe ninguna liga de dependencia, de imitación y de continuidad, puesto que la razón formal de su existencia es diferente.

CAPITULO I

Explicación preliminar para la mejor comprensión de los términos empleados.

El término "erémítique" caracteriza la vida del solitario del hombre del desierto; en griego (*ἐρημός, ἐρημίτης*) que se ha agregado arbitrariamente la h aspirada en inglés hermit).

Anacoreta (en latín anachorita, del griego *ἀναχωρητής* el que se ha retirado del mundo, significa también un solitario y no es diferente de ermitaño. Solitarius está empleado en el mismo sentido por Casiano).

Cenobita es el que vive la "vida común" en griego *κοινόδιον* vida en comunidad).

La palabra monje tiene una historia curiosa, en su origen significaba un solitario (*μοναχός* de *μόνος*) pero también fué aplicada más adelante a los cenobitas y llegó a aplicarse sólo a ellos, en tal forma, que cenobita es ahora su significación conexas y predominante. La palabra griega *μοναζόντι* y también *renunciante*, se emplea para los monjes en una forma genérica.

Igualmente para monasterio: *μοναστήριον* fué en su origen la morada de un solitario, en tanto que *κοινόδιον*, coenobium, era el lugar de la vida en común; pero monasterio empleado libremente por coenobium acabó por suplantarle en latín; coenobita, sin embargo, quedó siempre de uso común.

Una "laurá" (puramente oriental) era un monasterio en donde los monjes vivían en celdas separadas o en unas chozas dentro del recinto.



CAPITULO II

San Antonio, el anacoreta. El cenobio: San Pacomio.

San Antonio fué el organizador del anacoretismo *ἀναχωρητής*

La santidad de su vida, la pureza de su doctrina, su larga experiencia en la vida religiosa atrajeron a su alrededor a numerosos discípulos. Es el tipo del monje laborioso consagrado al bien de la Iglesia, a la salvación de su prójimo, respetuoso de las autoridades eclesiásticas.

Su enseñanza, basada en la observación psicológica, es un testimonio de una sabiduría práctica a la vez que elevada. Al agrupar bajo su dirección a los solitarios, San Antonio colocó la primera piedra de la vida en comunidad.

Es un error representarnos a esos solitarios como separados en absoluto de sus semejantes y viviendo lejos de toda iglesia. No era así, los solitarios se reunían en la Iglesia los sábados y los domingos para la celebración de los santos misterios, la participación de los Sacramentos y para recibir instrucciones generales.

Al acercarse las celdas a la Iglesia y al organizar el trabajo y el régimen alimenticio, al centralizarse, se llega a una nueva etapa.

Esta fué la obra de San Pacomio, solitario de la alta Tebaida. Reuniendo las construcciones ya existentes por medio de un muro, creó el "coenobion". Entonces la vida eremítica se transformó en vida monástica; la celda fué reemplazada por el monasterio. La experiencia le había hecho conocer los peligros de la vida solitaria para las almas débiles y para los principiantes. La vida en común ofrecía más garantías y facilidades para la mayoría. Los monjes de Pacomio vivían juntos bajo un sistema completo de organización, no como una familia bajo la autoridad del padre, sino más bien como un ejército bajo una disciplina de carácter militar. Esta disciplina moderó las austeridades pero fortaleció el principio de autoridad.

La obra monástica de San Pacomio se propagó rápidamente; numerosos monasterios de hombres y mujeres adoptaron su regla y hacia el tiempo de la muerte de su fundador (año de 345 de nuestra era) contaba 8 monasterios y varios centenares de monjes.

Los diferentes monasterios que seguían la regla de San Pacomio comprendían casas separadas cada una con sus autoridades propias. Era variable el número de monjes en cada casa; entre treinta y cuarenta sujetos. En los servicios solemnes, todos los miembros de las diferentes casas se reunían en la iglesia, que les era común, pero los oficios menos solemnes se celebraban en cada una de las casas.

La idea fundamental de la regla de San Pacomio, dice Dom Butler "era la de establecer un nivel moderado de observancia que fuera obligatorio para todos; y dejar libertad para poder ir más allá del mínimo fijado, de acuerdo con la fuerza, valor y fervor de cada uno". Así vemos a los monjes de San Pacomio comiendo o ayunando a su arbitrio.

Algunos tomaban sólo una comida en la tarde, otros cada tercer día. La idea de lo que ahora se llama "Vida en comunidad", era un hecho, absolutamente ajeno al monasticismo egipcio.

El monasticismo de San Pacomio tuvo como panegirista a Juan Casiano y San Jerónimo dió a conocer sus reglas al mundo latino; de Egipto se había propagado a Siria, a Mesopotamia y al Africa romana.

El monasticismo de Egipto, fué introducido en Europa Occidental por la vía de Roma, a Galia, a España y a Bretaña.

Los primeros monjes que se establecieron en la Ciudad Eterna se conocieron con el nombre de "Egipcios" y la traducción latina de la "Vita Antonii" fué el ideal monástico.

Conservaba su sello primitivo en cuanto a las austeridades durante el siglo IV. Durante este mismo siglo, la vida monástica hizo su aparición en Galia.

Cerca del año 360, San Martín fundó un monasterio en Ligugé, cerca de Poitiers, y cuando en 371 fué nombrado obispo de Tours, estableció otro centro monástico, en un sitio apartado, cerca de su ciudad episcopal en Marmoutier, del que hizo su residencia habitual.

La vida que llevaban los monjes, era una reproducción de los que seguían a San Antonio. Casiano, el gran organizador del monasticismo en Galia, siguió también los primitivos ideales egipcios, tanto en la teoría como en la práctica.

Sin que desaparecieran completamente las formas primitivas del ascetismo y del anacoretismo, fueron reemplazados poco a poco en todas partes por el cenobismo, siendo los legisladores, de esta nueva forma, además de San Pacomio, San Basilio y Casiano.

CAPITULO III

El monasticismo en el mundo romano.

Sólo tardíamente se desarrolló el monasticismo en Italia, y no se puede decir que allí se cimentó sólidamente. No hubo relaciones íntimas ante el episcopado y el estado religioso, como sucedió en Oriente o en la Galia meridional, en donde el orden monástico dió a la Iglesia pastores ilustres.

Aparte de la iniciativa aislada de San Eusebio en Verceil, imitada por San Agustín en Africa, el orden monástico permanece distinto del orden clerical, se recluta en la clase de los laicos y sólo como una excepción son elevados sus miembros al diaconado y al sacerdocio.

Es probable que la razón de este fenómeno radique en las tradiciones de las antiguas familias romanas. Mientras subsistió el imperio, consideraron como un deber desempeñar cargos civiles. La caída del imperio quebrantó la confianza en la grandeza de Roma, pero para arrancarla se necesitaron largos años de decepciones.

Mientras el Estado no ofrecía ya ningún porvenir a los descendientes de los antiguos romanos, la Iglesia, que ante los pueblos tomaba el lugar del imperio, ofrecía una situación honrosa y un vasto campo de actividad, que estaba de acuerdo con la tradición y costumbres romanas. Por consiguiente, las familias romanas sienten más atracción por la Iglesia que por el claustro.

El siglo VI nos ofrece un espectáculo completamente diferente. La aristocracia se alista en las filas. Montę Cassino y Vivario son intensas hogueras de vida religiosa; se multiplican los monasterios y los monjes ocupan puestos importantes en las extensas diócesis.

Un hijo del claustro ocupa la cátedra de San Pedro. El orden monástico es como una milicia al servicio del Papado.

Tres hombres dejaron su sello sobre el monasticismo galo romano lanzándolo por nuevos derroteros: San Benito, Casiodoro y San Gregorio el Grande. San Benito es el maestro del monasticismo occidental.

"No conozco todas sus acciones, pero lo poco que de ellas puedo relatar, me fué transmitido por cuatro de sus discípulos: Constantino, hombre muy venerable; que sucedió a San Benito en la

dirección de su monasterio; Valentiniano, que por varios años estuvo al frente de Letrán; Simplicio, que fué el tercero en orden para administrar su comunidad; y finalmente Honorato, que hasta la fecha gobierna el monasterio en el que vivió el varón de Dios" (1).

Así habla el ilustre pontífice San Gregorio el Grande al principio del 2º Libro de sus Diálogos, que consagra en su totalidad a la vida de San Benito. Esta narración de San Gregorio, escrita como desde sus primeras líneas se siente, con una ternura especial, es la única fuente que poseemos de la vida de San Benito.

Están escritos con gran sencillez evangélica, y si parece difícil distinguir en ellos lo histórico de lo legendario, hay que recordar que San Gregorio no pretende ser historiador, que escribió sus Diálogos en 593, es decir, cincuenta años después de la muerte de San Benito y sería absurdo, como algunos críticos lo han hecho, negar totalmente este relato.

En un artículo notable de la "Revue Benedictine" en 1922, Don Germán Morín da su opinión acerca de esta delicada cuestión: Es incontestable, dice, que el alma de Gregorio tiene gran parte en los relatos que se refieren a San Benito" y saca esta conclusión.

"En el fondo, la verdadera piedra de toque, son los hechos milagrosos. Estoy lejos de pretender que todos merezcan el mismo crédito. Pero si tuviéramos que deshechar todos los documentos de los primeros siglos que contienen hechos maravillosos, sacrificaríamos despiadadamente los fragmentos más preciosos de la historia eclesiástica. En cuanto a la naturaleza de ciertos acontecimientos extraordinarios contados por San Gregorio, acerca de si son o no milagrosos, hay que dejárselo a Dios. Gregorio lo creía de buena fe. Además, para poner fin a esos ataques formulados contra los Diálogos, recordaré respetuosamente, que hay en los evangelios hechos que cuando menos son igualmente desconcertantes".

(1) Diálogos, de San Gregorio el Grande. Libro II en el Prólogo.



CAPITULO IV

Estado social del Imperio antes de San Benito.

Antes de empezar el estudio de la vida de San Benito, examinaremos rápidamente el estado de las clases sociales, civiles y religiosas de Italia en esa época.

Italia, despoblada, estaba reducida a la indigencia; las incesantes guerras internas y externas habían disminuido la población; la formación de vastos dominios, gracias al trabajo de los esclavos, había acabado con la clase de los terratenientes; los impuestos abrumadores en las provincias habían arruinado a la clase media; el empleo de soldados bárbaros y mercenarios, que en pago de sus servicios recibían con frecuencia lotes de tierra en Italia, hizo que se establecieran en la comarca elementos de indisciplina y de crueldad que eran una amenaza perpetua para los habitantes.

El país estaba asolado por el hambre y por la peste, a tal grado, que a fines del siglo IV grandes regiones se habían convertido en verdaderos desiertos. Los habitantes, desmoralizados y degenerados; la agricultura y la instrucción casi habían desaparecido y la sociedad estaba corrompida hasta la médula.

Para completar la ruina empezó entonces la larga serie de invasiones de los teutones y de los demás bárbaros de Italia. En 400; con Alarico vinieron los Visigodos que recorrieron el Norte de Italia; 5 años más tarde Rodagaise y sus godos que fueron exterminados cerca de Florencia.

En 408, volvió Alarico, esta vez llegó hasta Roma, que sitió 3 veces en 3 años consecutivos, entregándola por fin, al saqueo y al pillaje en 410 y penetrando hasta la parte más meridional de Italia.

A mediados del siglo, los salvajes Hunos, conducidos por Atila "el azote de Dios", devastaron el valle del Pó (454) y Genserico, el vándalo, tomó y saqueó Roma en 455. Una serie de incursiones de menor importancia, llevadas a cabo por los alanos, los hérulos y otros pueblos bárbaros que venían del Norte; por los vándalos, que venían del Sur, se sucedieron con breves intervalos, Ricimero al frente de los mercenarios teutones y del ejército romano sitió y saqueó Roma (472).

Cuatro años más tarde, esos mismos mercenarios pidieron que se les entregara la tercera parte del territorio de Italia, y al no ser aceptada su petición se rebelaron y se apoderaron de Pavia y de Rávena, entregándola al pillaje.

Su jefe electo, Odovacar u Odoacro, reinó sobre Italia durante diez y siete años y de sus manos recibieron los bárbaros las tierras que codiciaban.

En 489, Teodorico llegó con los Ostrogodos, lo que dió por resultado una guerra entre él y Odoacro en toda la extensión de la península italiana, siendo saqueadas sucesivamente las principales ciudades.

Mientras tanto, otras hordas bárbaras se precipitaban sobre Italia para tomar parte en la contienda a favor de uno u otro bando.

Teodorico estranguló a Odoacro con sus propias manos, tomó el título del rey de Italia y fué reconocido como tal por el emperador de Bizancio.

Bajó Teodorico y su sucesor, las regiones devastadas de Italia y la población agotada y diezmada conocieron una breve tregua después de los horrores de la guerra y de la invasión, fué un período de reconstrucción. Teodorico reinó durante 33 años, hasta 426.

Era un jefe enérgico e ilustrado que con el concurso de su ministro, el romano Casiodoro, se dedicó a reparar los males ocasionados por las guerras e invasiones.

Aunque arriano, concedió la libertad religiosa a los cristianos durante los 3 últimos años de su reinado, pues esta tolerancia formaba parte de su política, hay que hacer notar, que fué durante este breve período de paz y de descanso cuando se inició la fundación de la Orden monástica de San Benito.

Inmediatamente después de la muerte de Teodorico, Justiniano concibió el proyecto de incorporar el imperio de occidente al de oriente y envió a su gran general Belisario, para arrancar, de manos de los bárbaros, primero Africa y después Italia y restituirlas al imperio. Fué esto el principio de un largo período de sufrimientos para la península. Nápoles fué tomada primero y después Belisario entró a Roma. Durante doce meses, los godos sitiaron la ciudad sin ningún resultado. Comenzó entonces una guerra intermitente de 4 años, durante la cual, las principales ciudades de Italia: Rimini, Urbino, Orvieto, Milán, Fiesole, Rávena, fueron sitiadas una tras otra; mientras que cien mil francos bajaban a Italia, atacando a su vez a godos y romanos, saqueando sin distinción, hasta que la peste acabó con la tercera parte de su ejército, obligándolos a retirarse más allá de los Alpes.

Estos años, 537 a 542, fueron para los pueblos italianos una época de tal miseria, que desafia toda descripción. El país entero estaba privado de cultura, y el hambre y la peste se enseñorearon de todas las comarcas.

En 541, Totila, nombrado rey de los godos, hizo que la guerra estallara nuevamente en toda Italia; Florencia, Nápoles y otras muchas ciudades fueron sitiadas y cayeron bajo su poder.

En 545, Totila inició el sitio a Roma que duró más de un año, ocasionando terribles sufrimientos a todos los habitantes; hasta que en diciembre de 546, Totila entró en Roma, animado con el feroz designio de destruir por completo la ciudad.

Destruyó en parte las murallas, e hizo salir sus tropas de Roma, llevando consigo todo lo que quedaba de los infelices romanos para que quedara la ciudad completamente desierta.

Durante 6 años se prolongó la guerra entre los generales romanos y Totila, con alternativas, en toda Italia meridional, pues Roma había sido ocupada nuevamente por Belisario, sin embargo, victoriosamente en 549.

Después de ser derrotado por Narses, sucesor de Belisario, en Gubbio de Umbría, murió Totila en 552. Al año siguiente, los últimos supervivientes de los godos en Italia, fueron aniquilados por Narses, cerca del Vesubio.

Un año después, los alamanes, a su vez, fueron también aniquilados cerca de Capua.

En 568, los lombardos, que durante medio siglo devastaron la península, sufrieron la misma suerte. Pero esto tuvo lugar después de la muerte de San Benito. La época de su vida corresponde más bien al período de dominación de los Ostrogodos, pues nació unos años después de su llegada, en 489, y murió pocos años antes de su destrucción, en 553.

En cuanto al resto del Imperio de Occidente, las calamidades de Roma y de Italia son como un resumen de lo que sufrían las provincias. Durante los dos siglos, de 400 a 600, comprendidos en el resumen anterior, los acontecimientos de Italia fueron semejantes de uno al otro límite del Imperio.

En todas partes hubo el mismo ciclo de invasiones, de guerras, de exterminio, entre las razas teutónicas, de devastación, de hambre, de peste, de incendios, etc., todos los horrores de la guerra, la destrucción completa de la civilización y de las instituciones de Roma. En Galia, en Gran Bretaña, en España, se repitió la historia de Italia, pues las invasiones de Italia no fueron sino incidentes en la marcha de las diferentes razas bárbaras a través de Europa.

Los visigodos, los Hunos y los Vándalos, se esparcieron por toda Europa en el curso de la primera mitad del siglo V, lo mismo que otros pueblos más pequeños que los precedieron o los siguieron.

En el momento del nacimiento de San Benito, las colonias teutónicas pueden describirse así: Italia formaba el reino de Odoacro, aclamado rey por la multitud de los mercenarios teutones rebeldes; fué destronado algunos años más tarde por Teodorico y sus ostrogodos, que entonces ocupaban el territorio que en la actualidad es Hungría y las tierras del bajo Danubio.

Los visigodos ocupaban España, excepto la parte noroeste, de donde expulsaron a los suevos; también poseían Galia meridional y central hasta el Loira.

El sureste de Galia y la region del Ródano, formaban el reino de los Burgundios. El norte de Galia y las riberas del Rhin estaban ocupadas por las diferentes tribus de los francos, aún paganos, como los Anglos y los Sajones, que marchaban a la conquista de la Gran Bretaña. Los alamanes paganos ocupaban Suiza y la Selva Negra, y avanzaban hasta el corazón de Galia, mientras que, en segundo plano, en la inmensa Germania, rondaban los Frisones, los sajones, los Turingios, los Lombardos, todos éstos, paganos destinados a desempeñar su papel en la creación de Europa.

Finalmente, en Africa del Norte, los vándalos, habían establecido su reinado que comprendía también Córcega y Cerdeña.

Inútil decir que durante este período de levantamientos y trastornos, las normas morales se habían relajado, y la sociedad estaba sumida en una corrupción profunda.

Los teutones tenían los vicios, pero también las virtudes de las razas salvajes.

En cambio, los romanos, que eran los remanentes de una civilización voluptuosa y afeminada, estaban absolutamente corrompidos.

Salviano de Marsella, al hacer el balance de las virtudes y los vicios de las principales razas hacia 450, los increpa duramente: "Vosotros romanos, que os decís cristianos, despojáis a vuestros hermanos, oprimís a los pobres y os revolcáis en la lujuria y la embriaguez. Por que os admiráis si Dios da nuestras provincias a los bárbaros, para que por sus virtudes esas tierras sean purificadas de los crímenes de los romanos?"

Y esta descripción de la corrupción profunda de la vida y las costumbres del mundo romano, nos muestra a los pueblos romanos, degenerados, aún más viciosos y depravados que sus feroces conquistadores.

El estado de la religión no era mejor que el de las costumbres en el Imperio de Occidente. En esta época de moral relajada y de catástrofes materiales y sociales, no se podía encontrar un nivel religioso elevado.

Los pueblos teutónicos aún eran paganos en su mayoría y los que habían abrazado el cristianismo eran arrianos; los godos de las dos ramas, así como los Lombardos, eran arrianos. Solamente los francos, convertidos hacia el año 500, eran católicos. Esto significa que durante la vida de San Benito, en Italia, en Galia meridional y en España, el arrianismo era la religión de los vencedores.

Los colonos teutones constituían en todos esos países una gran parte de la población, pues las invasiones no habían sido solamente de los ejércitos, sino verdaderas migraciones de pueblos.

En muchas regiones los arrianos continuaban sus crueles persecuciones contra la Iglesia católica y en todas partes el arrianismo estaba sostenido fanáticamente por las razas conquistadoras.

La Europa occidental en aquella época era enteramente pagana o bajo la influencia arriana, pues las comarcas católicas, en su totalidad, sólo se encontraban en la parte noroeste de Galia, en el país de Gales y en Irlanda.

En la Italia de San Benito, la situación religiosa puede resumirse así: Sobre una base católica formada por los restos de la antigua población romana o italiana se encontraban numerosas colonias de las diferentes razas teutonas arrianas; después las capas del paganismo, que aún sobrevivía, pues éste se prolongó y fué difícil su desaparición aún en Roma.

Por lo tanto, en el año 500, fué preciso convertir nuevamente a Europa: cristianizarla; restaurar la ley y el orden; reconstruir el edificio de la sociedad; revivir la agricultura, el comercio, la educación, las artes y la paz; renovar la vida civil y política; en resumen rehacer toda Europa.



CAPITULO V

San Benito.

Y el hombre designado por la Providencia para desempeñar un papel gigantesco en esta obra de reconstrucción, pasaba los años de su naciente virilidad en la gruta de Subiaco, con éste único anhelo en su espíritu: "el desecho de agradar a Dios" (San Gregorio).

San Benito es el maestro del monasticismo occidental. Era oriundo de un familia distinguida de la provincia de Nursia. Siendo casi un niño fué enviado por sus padres a la Ciudad de Roma, que en esa época no había sufrido las invasiones de los bárbaros, y era todavía un activo centro de cultura intelectual y de las bellas artes. Pero el saber humano no ejercía ningún atractivo sobre él, y a la edad de quince años se negó a seguir los estudios y renunció a su familia y a sus bienes con el fin único de entregarse a Dios. Se retira durante tres años a la gruta de Subiaco, pero los pastores y campesinos de los alrededores conocen su existencia, le llegan discípulos de Roma y funda en esa soledad doce monasterios, en cada uno de los cuales quedan doce monjes y un abad nombrado por San Benito. Algunos nobles romanos le enviaron también a sus hijos para que recibieran la formación de los monjes, entre ellos Plácido y Mauro, que figuran continuamente en la orden benedictina y que desempeñan un papel privilegiado al lado del Patriarca. Mauro, el mayor, debía recorrer Galia y Plácido, Sicilia.

Muy pronto la influencia que había adquirido tan rápidamente despertó la envidia de un sacerdote vecino y Benito tomó la resolución de marcharse con un grupo escogido de monjes, dejando los doce monasterios de Subiaco a cargo de sus respectivos superiores.

La pequeña tropa viajó hacia el sur hasta el municipio de Cassino a medio camino entre Roma y Nápoles.

Detrás de la ciudad se eleva bruscamente una alta montaña solitaria. En su cima había un antiguo templo de Apolo, pues sobrevivían todavía, entre los campesinos, restos del culto pagano.

Benito y sus compañeros escalaron la montaña, talaron el bosque sagrado, transformaron el templo de Apolo en una capilla consagrada a San Martín y establecieron allí su monasterio.

Este monasterio es el que estaba destinado a ser el primero de todos los que en adelante estuvieron asociados al nombre de San Benito, el que ha sido siempre considerado como el centro de la vida y del espíritu benedictino, la Montaña Sagrada de los hijos del Patriarca, de donde se han extendido por toda Europa los torrentes de religión, de civilización y de cultura.

La fecha probable de la fundación de Monte Cassino puede colocarse hacia el año de 525. San Benito pasó allí los últimos años de su vida. Sorprendemos en las páginas de San Gregorio algunos relatos en los que lo vemos trabajando en los campos con sus monjes o sentado en la puerta del monasterio haciendo lectura, o pasando las horas de la noche en oración, al mismo tiempo que gobernaba y dirigía a sus monjes.

Vemos como evangeliza a los campesinos paganos y alivia los sufrimientos de los pobres durante las calamidades de esos tiempos turbulentos.

Es el centro de donde irradia una influencia bienhechora hacia la cual los hombres acuden naturalmente en sus dificultades.

Con frecuencia contemplaría, desde lo alto de su montaña, los ejércitos romanos y de los godos que pasaban a lo lejos en la llanura, llevando a todas partes la desolación.

Benito se convirtió en el personaje más famoso de la religión al que Totila tenía ardientes deseos de conocer en 542.

Conocemos, también por San Gregorio, el relato encantador de la última visita que San Benito hizo al monasterio de Santa Escolástica, su hermana. Benito, fiel observador de la disciplina monástica, había rehusado prolongar la entrevista espiritual que cada año concedía a su hermana, en una dependencia de la abadía. Escolástica, con la frente apoyada sobre sus dos manos juntas, se puso a llorar. En el mismo instante, se desata una furiosa tempestad, y la lluvia cae a torrentes. Benito comprende que Dios sanciona el amor fraterno que les ha unido toda la vida y pasa la noche entera hablando con su hermana, de los goces eternos. Tres días después, mientras rezaba el Oficio de la noche, vió subir al cielo el alma inocente de Santa Escolástica en figura de cándida paloma.

También relata San Gregorio en sus Diálogos, la maravillosa visión que tuvo San Benito desde lo alto de la torre, y que los teólogos, entre ellos Santo Tomás, consideran como un anticipo de la visión beatífica.

Y para terminar, he aquí el relato de su muerte:

"Cuando fué dominado por la fiebre, quiso que sus monjes lo llevaran al oratorio, y allí, después de haber sido fortalecido en su agonía por el Cuerpo y la Sangre del Señor, su cuerpo debilitado sostenido por los brazos de los monjes se mantuvo de pie con los brazos elevados hacia el cielo y exhaló su último suspiro en una oración. Los monjes vieron el camino que se extendía directamente desde su celda hasta el cielo, cubierto de ricas tapicerías e inundado de una luz vivísima. Y en las alturas, un ser resplandeciente y

de aspecto venerable proclamó: "Es el camino por el que Benito, el muy amado del Señor, subió al cielo".

El mundo antiguo, con su vida de ciudad, sus grandes centros de cultura, su sociedad dividida en clases y sus extensas y rápidas vías de comunicación desaparecía rápidamente. En el imperio, como en los países del mundo moderno, había sido posible que los hombres viajaran para satisfacer sus necesidades espirituales y materiales.

En el nuevo mundo que comenzaba a formarse, el estado, la villa, el distrito, eran las unidades.

Europa, de haber sido un organismo complejo, pasaba a ser un conglomerado de células, unidas unas a otras por lazos muy débiles.

San Benito vivía en una sociedad en la que las posibilidades de educación teológica y sealar iban disminuyendo año tras año; una sociedad en la cual si la familia y el estado eran fuertes, toda organización colectiva era débil; una sociedad en vías de desaparecer, como resultado de la invasión y el caos y que, por consiguiente, necesitaba principios básicos y simples que le dieran cohesión. Esta necesidad la llenaba en cualquier nivel de vida, el monasterio de la Regla.



CAPITULO VI

El Monasterio.

Económica y materialmente contenía dentro de sus muros y campos, todas las materias primas necesarias para la vida y los medios de transformarlas y hacerlas útiles al hombre; viviendo de los productos de sus propios campos y ejercitando sus propios oficios, estaba perfectamente acondicionado para subsistir a través de las invasiones; económica y administrativamente, formaba una unidad que escaparía a los peligros del desmembramiento o de la destrucción total.

El monasterio de San Benito es un microcosmo. Contiene todos los tipos, todas las clases y todas las edades.

Niños, que los padres entregaban allí desde la infancia; ex siervos, hijos de nobles y pobres; clérigos, sacerdotes, los de inteligencia cultivada y los pauper spiritu, como los godos, que no querían o no podía leer, todos se encuentran allí, y la única diferencia radica en el servicio del altar.

Para este pequeño mundo está perfectamente adaptada la legislación de la Regla. Su discreción proverbial, puesto que contiene una norma para cada situación de la vida, su insistencia en reconocer una autoridad, sus enseñanzas, de valor intrínseco para todas las épocas, eran indispensables en un código que debía ser el A B C de la vida religiosa, para una civilización en vías de formarse.

Un completo conocimiento de la excelencia de la regla no implica el que no tuviera limitaciones inevitables en todo código que lleva el sello de tiempo y espacio.

Partes del monasterio:

El primer lugar del monasterio lo ocupaba la Iglesia. Puesto que el principio que sienta San Benito es que "nada debe ser preferido a la Opus Dei" o Servicio Divino. Así, en todo establecimiento religioso, la Iglesia debe ser necesariamente el centro de la vida regular, puesto que tanto en hecho como en palabra es la Casa de Dios.

En los climas del norte, la Iglesia estaba situada, por regla general, en el lado norte de las construcciones que formaban el monasterio. Con sus muros altos y macizos formaba un abrigo magnífico contra los vientos helados del Norte. Como el claustro del norte generalmente corría en el mismo sentido que la nave de la Iglesia y terminaba en el crucero del sur, las construcciones del coro y del presbiterio, así como de las capillas, si las había, lo protegían del viento del este. Algunas veces, como es natural, hubo excepciones causadas por alguna irregularidad del terreno o por cualquier otra razón que no permitían que la iglesia se colocara en esa posición, peculiar sobre todo en los monasterios ingleses. Cantorbery y Chester son ejemplos de estos casos; lo mismo sucedía en los lugares de clima cálido.

Las iglesias cristianas, especialmente la gran catedral y las iglesias monásticas, fueron diseñadas y construidas sobre líneas que contenían gran simbolismo.

Como San Benito enseñó a sus discípulos, los monjes de la Edad Media creían, sin duda ninguna, que Dios estaba presente de una manera especialísima cuando asistían el servicio divino "Así pues", dice el gran maestro de la observancia de la Regla, consideremos de que manera y con cuanta reverencia debemos estar ante la presencia de Dios y de los Angeles, y así cantemos en el coro en tal forma, que la voz y la mente estén acordes".

La parte más importante de la Iglesia era el presbiterio con el Altar Mayor y el Coro. Allí se llevaban a cabo todas o casi todas, las ceremonias públicas. El coro, con mucha frecuencia, ocupaba más allá de los cruceros, una o dos divisiones de la nave, y quedaba separado del resto del sagrado recinto por una gran verja.

Otras rejas de hierro a través del presbiterio y en ángulo recto con la del coro, impedían la entrada del público al crucero del sur.

Gracias a esta disposición, los monjes quedaban aislados del pueblo, que tenía acceso a todas las partes de la Iglesia, excepto al coro y al crucero del Sur.

Se entraba al coro, por una puerta en el muro del sur de la Iglesia en la parte donde se unían los corredores del norte y del este del claustro.

En el centro del coro estaba el púlpito, desde donde se cantaban las lecciones y desde el que se dirigía el canto.

Los sillones del coro estaban colocados en dos o más hileras, una más alta que la otra.

El superior y el que le seguía en dignidad, ocupaban generalmente, dos siales a ambos lados de la entrada principal, y los inferiores, los que quedaban cerca del presbiterio.

El ámbito del templo estaba dividido longitudinalmente por dos hileras de pilares y arcos que formaban una nave central más elevada y ancha, la cual separaba entre sí el espacio destinado al pueblo y el extremo superior de la nave donde se erguía el altar y se ha-

llaban los sillones del coro. Esta disposición fué desde tiempos muy antiguos el tipo fundamental de los templos.

La iglesia es, asimismo, una cruz trazada a imagen del mismo crucificado: el altar y el coro forman la cabeza y el busto, los crueros son los brazos extendidos.

La iglesia ocupa uno de los cuatro frentes que forman el patio del monasterio, su fachada occidental, por cuya puerta entran al templo los seglares, da al camino que lleva a la aldea. Los monjes suben por la puerta del claustro al coro, separado del resto del sagrado recinto, por una verja.

Los claustros:

En todo monasterio, el lugar que sigue en importancia a la Iglesia, son los claustros. El nombre mismo se ha convertido en sinónimo del monasterio. Los cuatro ambulatorios del claustro son el centro de la comunidad. Al correr del tiempo, se van acondicionando cuartos privados para los monjes, que tienen algún cargo, y más tarde celdas privadas.

En la situación habitual de la Iglesia, el claustro del norte, con sus arcos orientados al Sur, era el que tenía mejor temperatura. Allí en primer lugar, cerca de la puerta de la Iglesia, está el sillón del Prior y de los monjes mayores "seniores" que toman asiento después de él, no necesariamente en razón de sus dignidades respectivas, sino en los sitios que más les acomodan para su trabajo.

En el mismo claustro, pero hacia la otra extremidad, el maestro de novicios enseña a sus discípulos; y el corredor opuesto está destinado a los "juniors", que, como dice la Regla de San Benito están (adhuc in custodia) todavía bajo estricto cuidado y disciplina.

El corredor Sur, que en muchas ocasiones era el lado más frío del cuadrado, no se ocupaba en la vida diaria de la comunidad. Generalmente en él se abría la puerta del refectorio. También allí estaba la puerta que ponía al monasterio en contacto con el mundo exterior. Día tras día, durante siglos, el claustro fué el centro de la actividad del monasterio, donde los monjes vivían, estudiaban y escribían.

En los 3 lados: los corredores norte, este y oeste, se hacían las transacciones de los principales negocios del monasterio. Allí los monjes de más edad trabajaban en las tareas que se les habían asignado, discutían los asuntos relacionados con la enseñanza eclesiástica o con la observancia de la Regla, o bien, durante los tiempos permitidos por ésta tenían amena conversación.

Allí también, en los sitios dedicados a ese objeto, los miembros más jóvenes de la comunidad, bajo la mirada del maestro de novicios, escuchaban las lecciones o practicaban los cantos y las melodías del Oficio Divino, con el cantor o su asistente.

Todavía no se ha podido esclarecer debidamente cómo se hacía el trabajo en los claustros durante el invierno, aún suponiendo que las grandes ventanas que miraban al jardín estuvieran cerradas con postigos de madera. En algunos sitios quedan restos de divisiones o bancos cerrados de madera, y que quizá sirvieron para dar algún abrigo a los que trabajaban en el claustro abierto a todos los vientos.

El refectorio:

El refectorio era el sitio destinado a las comidas conventuales. Su colocación en el plano del monasterio era siempre lo más lejoso posible de la Iglesia, por lo que se situaba en el corredor opuesto. La razón de esta colocación es obvia. Tenía por objeto que la Iglesia estuviera a salvo del ruido y del olor que acompañan siempre a la preparación y servicio de los alimentos. Probablemente, en uno de los muros estaban las alacenas destinadas a guardar: manteles, tazas, platos, en fin, todo lo necesario para el servicio de la mesa.

El piso de un refectorio monástico estaba cubierto con heno o esteras que se renovaban dos o tres veces durante el año; las mesas se colocaban a lo largo de los muros y los bancos entre las mesas y la pared, para que los monjes se sentaran con la espalda vuelta a los muros.

Hacia la extremidad del este, bajo alguna estatua o pintura del Crucifijo o de N. S. en la Gloria, llamada "Majestas", estaba la mesa mayor o mesa alta para el Superior. Sobre ésta, la scylla o pequeña campana para las señales. Se tocaba para indicar que la comunidad podía comenzar la refección y cada vez que se servía un nuevo plato.

El púlpito ocupaba por lo general el lado sur y bajo él se colocaba la mesa de los novicios y su Maestro.

En muchas ocasiones, las cocinas, situadas al lado izquierdo del refectorio, estaban separadas de él por un cancel que las ocultaba a la vista.

Además del gran refectorio, había uno más pequeño para los monjes que por enfermedad o dispensa especial del superior debían tener mejor alimentación.

La cocina:

Cerca del refectorio, estaba la cocina conventual. Según las disposiciones que más tarde se dieron en Cluny debían ser dos: una atendida por los hermanos en turnos semanales y otra en la que una buena parte de los alimentos eran preparados por los sirvientes asalariados. Según la regla, su equipo constaba de tres calderas: una para cocer las legumbres, otra para las verduras y una tercera con un trípode de hierro destinada al agua caliente que se necesitaba

para lavar platos, trapos, etc. Cuatro, grandes vasijas, cuatro cucharas, una de ellas para remover el fuego, además de cuchillos, piedra para afilar, pies para colocar las calderas, jarras, etc.

La sala capitular:

Estaba situada en el lado del claustro y lo más cerca posible de la iglesia. Su forma era rectangular, en algunos casos, octagonal. Los sitios de los monjes estaban alineados contra las paredes y hacia la derecha de la sala el sillón del Superior, con el Crucifijo Majestas sobre él. En el centro se levantaba el púlpito para el Lector del Martirologio y de la parte Prima que precedía al Capítulo diario.

El dormitorio:

La colocación del dormitorio no parece haber sido determinada por alguna regla. Generalmente debía estar comunicado con el crucero del Sur para que los monjes tuvieran fácil acceso al Coro. Leemos en los ritos de Durham: "En el lado oeste del claustro había una gran casa llamada el dormitorio, donde dormían monjes y novicios. Cada monje tiene una celda para él y cada celda una ventana hacia el Capítulo y la división entre celda y celda es de madera; en cada celda hay un pupitre para guardar libros".

La enfermería:

No ocupaba un lugar determinado, aunque en algunos casos, quedaba a la derecha del dormitorio. Anexo a la enfermería había un jardín de hierbas medicinales, El salón mayor de la enfermería contaba además con una pequeña capilla donde los enfermos podían rezar las Horas del Oficio, cuando estaban en condiciones de hacerlo.

Según las constituciones, es un deber imprescindible ocuparse de los enfermos "antes y sobre todas las cosas, dice San Benito en su Regla, debe tenerse especial cuidado de los enfermos para que se les sirva como a Cristo mismo, pues El dijo: Lo que hiciéreis a uno de mis hermanos más débiles es como si a Mí me lo hubiéreis hecho".


La hospedería:

Era una de las partes indispensables en todo monasterio importante. Estaba presidida por uno de los monjes "seniores".

Su obligación consistía en tener los cuartos preparados para la recepción de los huéspedes, con el objeto de recibir siempre a todo aquel que pidiera hospitalidad. Generalmente estaba situada fuera de donde se llevaba a cabo la vida de la comunidad.

La biblioteca:

Al principio no había lugar determinado para guardar los libros. En la iglesia y en el claustro había estantes para los libros y manuscritos que se usaban con más frecuencia. Sólo más tarde se reunieron los libros en un salón destinado al efecto pues "Un monasterio sin biblioteca, se decía, es como un castillo sin armería".



CAPITULO VII

El Monasticismo con Casiodoro y San Gregorio el Grande.

Mientras que Monte Cassino se erguía en el seno de la Campania como un faro majestuoso, otro centro de vida monástica se formaba en Vivario en la Calabria, bajo la dirección de un antiguo ministro de Teodorico rey de los Ostrogodos. Benito de Nursia desaparecerá al surgir Casiodoro. La historia no dice si se conocieron.

Casiodoro concibe el monasticismo desde un punto de vista más intelectual; como queriendo adaptarlo a espíritus de élite; esto limitaba su acción, comprometía su porvenir, pues las élites intelectuales no tienen descendencia asegurada. Casiodoro, lo mismo que Benito, coloca como fundamento de su obra la oración y el trabajo, pero este trabajo consiste sobre todo en el cultivo de las letras y en la transcripción de los manuscritos.

En Monte Cassino también se copian manuscritos, pero la regla sólo habla del trabajo manual. Casiodoro abría un nuevo campo de acción al monasticismo: el estudio considerado como objeto y como medio. Objeto del trabajo, medio de influencia y de perfeccionamiento. Aún cuando menos profunda y extensa que la de San Benito, la obra de Casiodoro destinada a un número más limitado de individuos tuvo, sin embargo, un alcance considerable.

Por su concepción del trabajo monástico, aún más que por sus obras, la idea de la cultura intelectual ya admitida ampliamente por Benito, predicada y propagada por Casiodoro, penetró más profundamente en los monasterios. El estudio se convierte en un nuevo elemento de vida dentro del monasticismo latino.

Fuente de energías morales, frente a un mundo nuevo, que está formándose, el orden monástico es también una reserva de fuerzas cuando las letras y las artes parecen sumergirse al naufragar la civilización de la antigüedad.

En 590 Gregorio el Grande ocupa la cátedra de San Pedro.

Descendiente de una familia patricia, más tarde abraza la vida monástica en Constantinopla, Gregorio, cuyo único anhelo era la paz del claustro, se ve obligado de improviso, a tomar entre sus manos la dirección de la Iglesia. Al dirigir una mirada hacia el mundo confiado a su cuidado, su alma se llena de espanto. El Imperio de

Occidente se ha desmoronado ante los bárbaros. El Imperio de Oriente, favorece las tendencias cismáticas y siempre está dispuesto a pagar o tolerar la herejía, aunque incapacitado para defender la integridad de su territorio, amenazado por todos lados.

En Africa del Norte la fe se apaga y el país se encamina a la esclavitud.

España ha caído en manos de los visigodos, y los suevos; los primeros abrazarán más tarde la fe católica, los segundos seguirán siendo arrianos.

La Gran Bretaña, invadida por los sajones, ha vuelto al paganismo, menos Cambria y Cornuallas, donde los bretones guardan celosamente la fe de Cristo y los usos de la Iglesia Católica.

Galia es católica, pero la disciplina eclesiástica se ha relajado; la simonía y la incontinencia del clero neófito deshonran a la Iglesia.

Italia se ha convertido en provincia lombarda, exceptuando Roma y el exarcado de Rávena, y el arrianismo ha penetrado con el vencedor, la vida eclesiástica está desorganizada, el paganismo sobrevive en las costumbres. Roma, agotada por las guerras, diezmada por la peste, se desmorona mientras el enemigo está ya a sus puertas.

Gregorio mide la extensión de los males que afligen a la Iglesia, pero tiene conciencia de su misión universal de Pastor Supremo.

Consciente de sus derechos y de su misión, Gregorio fortalece los lazos que unen las diferentes iglesias al seno de la cristianidad: es una mano firme la que sujeta las riendas de la Iglesia.

Las filas del clero han sido diezmadas por las guerras y la pureza de costumbre se ha empañado. Gregorio buscará sus pastores y sus sacerdotes en el claustro y por medio de sus legados, casi siempre monjes, reorganizará la disciplina eclesiástica. Gregorio tiene la intuición del papel que las razas bárbaras desempeñarán en la historia de la humanidad, el porvenir les pertenece. Sustraerlos a las tinieblas del paganismo, ganarlos a Cristo y colocarlos en la órbita del Papado, tal era la misión que se presentaba al obispo de Roma.

¿Pero a qué operarios confiar esta obra gigantesca? El Papa madura su proyecto, consciente de las fuerzas latentes del monasticismo surgido de Monte Cassino, hace un llamado a los monjes y les indica el apostolado entre los bárbaros como una obra que la Providencia exige de ellos. El resultado de la acción de San Gregorio fué el de multiplicar las fundaciones monásticas. En ellas encontró hombres de saber, de obediencia, de sacrificio, entregados al servicio de la Iglesia.

Ha llegado el momento de hacer un llamado a esas almas y de mostrarles en los bárbaros a los hijos de Dios.

Desde ese día, el monasticismo benedictino se convierte en el ejército conquistador de la Iglesia romana, a él le corresponde el honor de haber ganado para Cristo a Inglaterra y Germania y de haber colocado la primera piedra en la cristianización de los Escandinavos, de los Eslavos y de Hungría.



CAPITULO VIII

Los monjes y su apostolado en Gran Bretaña.

¿Quién no recuerda la graciosa leyenda contada por Juan Diácono y que sería el punto de partida del apostolado monástico? Pasando un día por el Foro, Gregorio, entonces monje de San Andrés, ve unos jóvenes esclavos expuestos a la venta. Impresionado por su juventud y su distinción pregunta por su país de origen. "Son ingleses (angli)" les dice "No son ingleses sino (angeli)" ángeles responde. Los compra, los educa en la fe cristiana y los bautiza. Desde ese momento el pensamiento de Gregorio no se aparta de las playas lejanas de donde han venido los esclavos.

Ese país era el de los Jutes y los Sajones, rama desprendida de la gran familia de los pueblos que habitaban las extensas tierras de la misteriosa Germania. Eran el mundo del mañana, el mundo en marcha que se encontraría con la Iglesia.

Cuando en 590, Gregorio es elegido Papa, Inglaterra sigue siendo su gran preocupación, es necesario preparar operarios para la gran obra de evangelización del país, tiene a los primeros convertidos, pero necesita otros; vuelve la vista hacia las Galias y escribe al sacerdote Cándido: "Con nuestras rentas comprad jóvenes esclavos ingleses de diez y siete a diez y ocho años, los educaremos en el monasterio para el servicio de Dios".

Por fin, en 596, llegó el momento de poner manos a la obra Ethelberto, el rey que gobierna en Kent, se ha casado con una princesa cristiana, Bertha, hija del rey Cariberto de París: es el momento propicio.

El santo Pontífice tiene preparada su expedición: cuarenta monjes romanos listos para partir bajo el mando de su jefe capacitado, Agustín, preboste de su monasterio de San Andrés. Fué una hora solemne en la historia de la Iglesia y del mundo, aquella en que la santa caravana, desfilando, sin duda, ante las curiosas miradas de la multitud, se arrodilla a los pies del gran Pontífice y recibe su bendición.

En 597, después de haber atravesado las Galias, desembarcan en la isla de Thanet en el reino de Kent. Avisado de la llegada de

los misioneros, el Rey Ethelberto acude a visitarlos y les da autorización para que prediquen en su reino y poco después, los monjes romanos entran en Cantorbery. "La historia de la Iglesia, dice Bossuet, no tiene nada más hermoso que la entrada del monje Agustín en el reino de Kent con cuarenta de sus compañeros que, precedidos de la cruz del Gran Rey Nuestro Señor Jesucristo, hacen ardientes votos por la conversión de Inglaterra"

En Cantorbery los monjes celebran sus oficios en la pequeña iglesia de San Martín, oratorio de la reina. El espectáculo de su vida, la belleza de sus oficios, sus predicaciones, influyen en el pueblo.

Ethelberto aceptó la fe cristiana arrastrando al pueblo en su seguimiento.

La bendición de Dios descendió sobre la obra de los misioneros. En Cantorbery el palacio real se convirtió en la cuna del obispado, mientras que más lejos se levantaba el monasterio de los Santos Pedro y Pablo, del que fué titular Agustín. A principios de 598, el obispo pudo enviar a Roma a los dos monjes Lorenzo y Pedro para informar al Pontífice de la marcha de los trabajos y para solicitar el envío de nuevos misioneros.

Agustín podía establecer, según las instrucciones que recibió del Pontífice, 12 obispados en el Sur del país, de los cuales el de Londres tendría la supremacía.

En el porvenir las circunstancias obligaron a Agustín y a sus sucesores a conservar la cuna de la fe en Cantorbery.

Además, Gregorio quería que Agustín y sus compañeros permanecieran fieles a su profesión monástica: "Vosotros, les escribía, formados en la regla de la profesión monástica, no podéis vivir separados de vuestros clérigos. Es necesario establecer en la iglesia naciente de los Anglos, el género de vida practicado por nuestros padres en la Iglesia primitiva, entre los cuales todas las cosas eran comunes.

Agustín se conformó fielmente a esta línea de conducta: Cantorbery se convirtió en una metrópoli monástica y hasta la supresión del catolicismo en Inglaterra, en el siglo XVI, nueve catedrales fueron atendidas por benedictinos. Cuando Agustín murió, en 605, de los siete reinos de la Heptarquía anglo-sajona, dos habían sido ganados a la fe cristiana. Kent con Cantorbery como Metrópoli, Essex con Londres como obispado y Westminster como centro monástico.

Sin embargo, el paganismo sofocado volvió a tomar la ofensiva y durante cerca de 30 años hubo una serie no interrumpida de luchas en las que estuvo a punto de perecer la joven cristianidad.

Gracias a una labor perseverante, la jerarquía se restablece, la fe vuelve a tomar posesión de Kent y de Essex y llega hasta Northumbria; pero hay que luchar sin tregua con los bretones y los paganos y los operarios evangélicos no son suficientes para hacer frente a tantas necesidades a la vez.

Entonces entra en escena otro agente de la conversión de Inglaterra: los monjes celtas.

La Bretaña romana se había convertido antes del siglo V. Expulsados por los anglosajones, los Bretones o habrían sido exterminados o se habían refugiado detrás de las montañas de Cambria o de Cornuallas, guardando celosamente su fe y su odio contra el brutal conquistador.

Separados de Roma por las guerras, no habían tenido tiempo de conocer ciertas modificaciones introducidas en la disciplina eclesiástica y estaban tanto más aferrados en sus costumbres tradicionales, cuanto que representaban para ellos el símbolo del nacionalismo ante los invasores, aún cuando los anglosajones se decidieron a aceptar la fe de Cristo.

Agustín tenía la misión de unir la iglesia céltica al centro de la iglesia católica y por esto hizo un llamado a los bretones, pero no fué escuchado.

Sin embargo, la oposición cesó el día en que Oswaldo, sobrino del Rey Edwin de Northumbria, asesinado por los paganos, se refugió con los bretones católicos y abrazó la fe cristiana. Entonces el clero celta se declaró dispuesto a consagrarse a la conversión de sus enemigos. De 633 a 655 los monjes celtas trabajaron con tal ardor y abnegación, que parece sobrepasar al de los monjes romanos.

Desde la segunda mitad del siglo VII, casi toda Inglaterra era cristiana, pero la evangelización era superficial, pues el país siempre estaba amenazado por una recrudescencia del paganismo.

Para consolidar la iglesia naciente, era necesario organizarla, reunir a bretones y romanos y ligarlos fuertemente con el centro de la unidad romana, sacar partido del poderoso monasticismo celta, aureoleado con el prestigio de la santidad y de la ciencia, desarrollar la vida parroquial, codificar la legislación canónica, en una palabra, unificar el monasticismo sustituyendo a las reglas célticas la regla romana por excelencia, la regla de San Benito. Este trabajo de unificación y organización fué la obra de cuatro hombres: Dos de Northumbria: San Wilfrido y San Benito Biscop, ardientes defensores de las costumbres romanas, un bretón, San Cutberto obispo de Lindisfarne y un extranjero, Teodoro de Tarso, monje romano enviado por el Papa en calidad de Arzobispo de Cantorbery. Gracias a la acción combinada de estos monjes y a pesar de algunas pequeñas diferencias de unidad disciplinaria se reconoció en Inglaterra la unidad de la Santa Sede. Los monasterios que se levantaron por todas partes: Westminster, Malmesbury, Glastonbury, Petersborough, Wearmouth, Jarrow Evesham y otros más, se convierten en catedrales monásticas, hogares de vida religiosa en donde la cultura de las letras recibe notable impulso.

La iglesia anglosajona fué durante un siglo un foco luminoso de alta cultura y sus rayos se proyectaron sobre Germania y sobre las Galias. Dió a la Iglesia un Beda el Venerable, fué la cuna de

Alcuino. Sus monasterios de mujeres rivalizaron con los de los hombres y probablemente los anales de la santidad y de la alta cultura de la mujer no tienen páginas más hermosas que las de las vidas de esas grandes abadesas y de esas religiosas que la historia eclesiástica de Beda y la correspondencia de San Bonifacio nos describen con tan vivos colores.

Había en el monasticismo anglosajón un atractivo hacia el apostolado que se desarrolló aún más al ponerse en contacto con el monasticismo bretón. Su misión consistió en traer la luz de la fe a los paganos de Inglaterra y en establecer entre ellos el reino de Dios. Convertidos a Cristo estos pueblos, por instinto, dirigen sus miradas hacia su país de origen, hacia esa antigua Sajonia todavía sumida en las tinieblas del error y que podía ser llamada al conocimiento de Cristo, a gozar de los beneficios de la civilización.



CAPITULO IX

Los monjes anglosajones en Germania.

El sueño del monje romano Gregorio, se había realizado para Inglaterra; el deseo de los monjes anglosajones se convirtió en realidad para Germania.

Durante un viaje a Roma en 678, Wilfrido de York, el gran campeón de las tradiciones romana y benedictina, fué arrojado por una tempestad a las costas de Frisia. Allí habitaba un pueblo de la misma raza y acogieron al náufrago con consideración. Predicó a Cristo e hizo conversiones, pero a la primavera siguiente tuvo que marchar. Se había realizado un primer contacto entre los paganos de Frisia y los monjes anglosajones. Wilfrido no se olvida de este país. En Rippon, en el seno de su familia monástica, habla de la mies que se levanta en la otra playa y que espera operarios.

En Irlanda, Egberto, monje sajón, pensaba sin cesar en la tierra de sus antepasados y descaba ardientemente llevarles la palabra de vida, también él fué arrojado por naufragio a las costas de Frisia, se hizo apóstol entre los suyos, despertó vocaciones y creó una corriente de apostolado inaugurando un éxodo de misioneros que durante más de medio siglo llevó a Frisia y a Germania monjes y religiosas de Inglaterra. La Frisia fué el primer teatro de sus hazañas. Sometida en parte por Dagoberto I, evangelizada rápidamente por San Amado y San Eloi, pero descuidada por la Iglesia de Colonia a la que la había unido este rey, volvió a caer en la idolatría después de la muerte del conquistador. Wilfrido depositó en ella los gérmenes de vida en 678-679. Diez años más tarde, el monje Wicberto, discípulo de Egberto, continuó allí la obra del obispo de York, pero su apostolado de 2 años que coincidió con las luchas del Duque Rotbodo contra los francos, resultó infructuoso pues sobre el misionero cristiano pesaba la sospecha de ser cómplice secreto de los francos.

El verdadero apóstol de la Frisia fué San Willibrordo, formado en Ripón bajo la dirección de San Wilfrido, obispo de York. Willibrordo fué a Roma a pedir la bendición del Papa, del que recibió la consagración episcopal para la nueva sede de Utrecht. En Frisia se siguió el programa trazado por San Gregorio para Inglaterra. Se

establecieron relaciones íntimas con el centro de la cristianidad, se construyó una catedral monástica que sería un seminario de misión y una escuela. El valiente misionero hizo un viaje de exploración hasta Dinamarca, pero de nuevo la rebelión del duque Rotbodo considerado como rey por los Frisios, destruye su obra. A la muerte de Rotbodo en 719, los misioneros vuelven a sus cristianidades destruidas y Bonifacio se convierte durante tres años en compañero infatigable de San Willibrordo, pero cuando éste, testigo de su celo infatigable quiere tomarlo como coadjutor y sucesor, Bonifacio rehusa terminantemente, pues siente que una voz lo llama más lejos, al seno de las selvas de Germania.

San Bonifacio, oriundo de una noble familia de Wessex, vió a los monjes visitar con frecuencia el hogar paterno y a los siete años quiso seguirlos al claustro. En la escuela monástica se inició en las letras sagradas y profanas, émulo de Aldhelm de Malmesbury y de Beda, se convirtió en profesor y predicador. La ciencia y la reputación de las que gozaba ante los jefes de la iglesia anglosajona, le aseguraban un porvenir brillante pero, en el fondo de su alma escuchaba una voz que lo llamaba a las playas lejanas, a la tierra de sus antepasados. En 716 partió para la Frisia con tres compañeros, pero tuvo que volver. En 718 marcha nuevamente pero esta vez ha madurado todo un plan de evangelización; está a la cabeza de una falange de misioneros y los conduce a Roma para ponerlos al servicio del Papado.

Gregorio II comprendió al monje anglosajón, le conservó a su lado, lo instruyó y más tarde lo envió a conquistar nuevas tierras: Más allá de la Frisia hay vastas regiones donde no se conoce a Cristo. Los francos poseen la Germania transrenana que es aún pagana. Alemania y Bavaria obedecen a príncipes cristianos, Sajonia, la tierra de sus antepasados, está todavía sumida en la idolatría. Esta tierra misteriosa es la que lo atrae, pero para entrar a ella necesita puntos de apoyo, pues la experiencia le ha enseñado que el paganismo puede echar por tierra, en un día, el edificio levantado penosamente durante años.

Para garantizar su trabajo personal necesita crear centros religiosos donde reclutar operarios para el porvenir. Bonifacio estudia su campo de acción, mide la extensión de su obra, sus dificultades, su porvenir y vuelve a Roma para rendir su informe al Papa Gregorio II. El Papa le da consagración episcopal y Bonifacio será para Germania lo que Agustín para Inglaterra: será obispo de Germania hasta el día en que este país reciba su organización jerárquica.

Unión íntima con Roma, relaciones con Inglaterra, apostolado monástico, perfecto acuerdo con el príncipe franco, tal es a grandes rasgos el programa de Bonifacio.

Pero no está solo en su ministerio, lo acompañan colaboradores que lo han seguido desde los monasterios ingleses. Una correspondencia activa informa a sus hermanos de la marcha de los trabajos

y una poderosa corriente de simpatía se establece entre los países, afluyen los misioneros, pues los religiosos quieren tener su parte en los trabajos de apostolado. Es todo un ejército el que está a la disposición del pacífico conquistador de las almas.

Bonifacio funda monasterios en Hesse y en Turingia Amoenburg, Fritzlar, Ohrdruff, para los hombres; Bischofheim, Kitzingen, Oshenfurt, para las mujeres.

Estos monasterios son las células de un organismo que se crea; aproximadas una a la otra, van a consolidarse para constituir un cuerpo social vigoroso, que subsistirá a través de los siglos. Estos monasterios son centros agrícolas, escuelas, seminarios; por su medio, los monjes desbrozan las selvas de Germania, introducen las letras y las artes; por medio de ellos, el día en que la invasión danesa destruya temporalmente en Inglaterra la obra de Wilfrido y de Beda, los monjes germanos transmitirán a las futuras generaciones el tesoro de la ciencia antigua y colocarán la primera piedra de una intensa cultura científica que debería ser la gloria y el orgullo de la moderna Alemania.

Una vez evangelizado el país, se pudo organizar la jerarquía. En 732, Bonifacio recibe el título de arzobispo, su provincia comprendía: La Germania Transrenana, Baviera, Alamania, Hesse y Turingia. El Papa le encargó la reforma de la Iglesia de los francos. Mientras trabajaba en las Galias, hizo edificar la abadía de Fulda, destinada a ser, al mismo tiempo que un retiro para su vejez, el centro religioso de la provincia eclesiástica. El episcopado de los francos, unido a su príncipe, lo obligó a aceptar la iglesia de Maguncia, pero Bonifacio tenía la nostalgia del apostolado y el anciano, agotado por las rudas labores de un ministerio de cuarenta años, soñaba todavía con la evangelización de los sajones.

Dirige su mirada a la Frisia septentrional, aún pagana, organiza una expedición y parte para Utrecht, asegurando la independencia de esta sede episcopal. Después penetró en el territorio de los frisios, donde el 5 de junio de 754, cayó bajo los golpes de los bárbaros, conquistando así la palma del martirio.

A través de los siglos, podemos juzgar el método adoptado por San Bonifacio y reconocer su excelencia: se dirigió primero a poblaciones susceptibles de recibir la fe, donde la explosión repentina de una rebelión, no era ya de temerse; contaba con una reserva de misioneros que le permitía crear centros de vida monásticos; aseguraba el reclutamiento de este clero monástico en las escuelas claustrales. Esta red de monasterios, fué el primer bosquejo de la organización jerárquica, y ésta, en ciertos casos, fué la yuxtaposición de la dignidad episcopal a la autoridad abacial, ya existente.

La religión predicada, era una religión de paz que se impuso en Germania, como en Inglaterra, por la persuasión y por la autoridad del ejemplo.

Al anglosajón le repugnaba violentar las conciencias; medio siglo más tarde escucharemos a Alcuino recomendar: Que la política

permanezca extraña a la religión, y a desaconsejar, a propósito de las misiones entre los ávaros, el uso de la fuerza para obligar a los pueblos a abrazar la fe.

San Bonifacio, por su obra de apostolado, favoreció la elaboración de la unidad nacional de los pueblos de origen germánico: la unidad religiosa condujo a la unidad política. La extensión de las fronteras del reino franco tuvo por consecuencia la conquista de nuevos pueblos y la adopción de la fe cristiana fue la garantía para la existencia de este reino.

La obra de evangelización sigue siendo obra de fé y abnegación, pero también se convierte en una necesidad política; entra en la esfera de acción del Estado. Frisios, sajones, escandinavos, eslavos y ávaros, todos estos pueblos fueron convertidos sucesiva o simultáneamente por los monjes durante cinco siglos.

Los sajones eran rebeldes, para ellos el culto nacional era el símbolo de su independencia frente a los francos, por eso fue necesario que Carlomagno abriera el camino a las misiones por medio de la espada. La conquista de Sajonia era la condición necesaria para la tranquilidad del reino franco. Desde 776, el país se considera como conquistado y Carlomagno representa su organización eclesiástica.

Los obispados de Colonia, de Maguncia, de Würzburg y de Lieja reciben la misión de trabajar cada uno sobre un punto determinado, al mismo tiempo que las abadías de Fulda y de Hersfel envían misioneros.

Luis el piadoso en Visbeck declara formalmente que los monjes tienen la misión de predicar el evangelio y finalmente, la elección de los primeros obispos de las sedes de Sajonia, nos indica claramente la parte que los hijos del claustro tomaban en la evangelización de los paganos.



CAPITULO X

Los monasterios germanos y la evangelización de los eslavos.

Los eslavos habían penetrado por Brenner y ocupaban la Carintia, Carniola, una parte de Estiria y el Tirol.

Su evangelización se emprendió en varias direcciones. Los obispos limítrofes de Salzburgo, Passau, Ratisbona y Würsburgo emprendieron su conversión y las abadías de Fulda y de San Emmeram, que tienen posesiones en esos países, envían también a sus monjes.

Los ávaros, que desde fines del siglo VIII se han acercado a los francos, ocupan la Dacia; Panonia y Dalmacia, son evangelizados por los obispos ayudados por los monjes de las diferentes abadías bávaras, mientras que en la Panonia meridional, donde se han restablecido los Búlgaros en 818, los sacerdotes romanos enviados por Nicolás I se adelantan a los misioneros que Luis el Germánico envía de la abadía de Passau.

Los evangelizadores de Bohemia y Moravia fueron monjes de las abadías de Ratisbona y Passau, pues los obispos alemanes consideraban que estos países formaban parte del Imperio.

Los apóstoles eslavos Santos Cirilo y Metodio emprendieron también la evangelización de Bohemia. Esta nueva tentativa tenía un objeto político, pues el Duque de Moravia, Ratislav, enemigo del Imperio, pensaba así detener la marcha progresiva del rito latino para conjurar el peligro de que este país fuera incorporado al imperio. La evangelización eslava fracasó en Moravia porque Cirilo murió muy pronto. Metodio que le sobrevivió, recibió de Roma el nombramiento de Arzobispo de Moravia y de Panonia, pero trabajó aisladamente.

Pero a estos apóstoles les faltaron los puntos de apoyo de los monasterios.

Los eslavos del Norte, establecidos a orillas del Báltico, los Wendes, fueron más tarde, convertidos a la fe cristiana. A mediados del Siglo VIII San Wilibaldo, obispo de la región, antes de ocupar la Sede de Eichstaett, recibió la misión de trabajar en su conversión.

En el siglo IX el movimiento está bajo la dirección del Arzobispo de Hamburgo y del Emperador. El monje Beson de Ratisbona recibe después esta misión del Emperador Otton que funda en Magdeburgo la abadía de San Mauricio, para afianzar la obra de evangelización.

Al mismo tiempo, el monje Adalberto de San Maximino, notario imperial, recibe de este príncipe la misión de ir a predicar la fe a los rusos. Beson es nombrado arzobispo de Merseburgo y Adalberto siendo ya arzobispo de Magdeburgo, organiza la jerarquía eclesiástica, medio seguro para fusionar los pueblos con la Iglesia y el Imperio.

La política imperial encontró en el apostolado un poderoso medio para extender su esfera de acción. Otón I multiplicó los obispados en las fronteras del Imperio desde Jutlandia hasta Erzgebirge, Ripen y Shleswig con los daneses.

La creación del Arzobispado de Magdeburgo, en la frontera eslava, coronó la obra de organización eclesiástica del país de los Wendes y constituyó, con los otros obispados, el punto de apoyo de la evangelización de las tribus paganas.

Los eslavos de Polonia y los húngaros establecidos en Panonia, entraron a la gran familia católica a fines del siglo X. Los primeros, monjes clérigos que trabajaron en su cristianización, venían de Alemania, Francia, Bélgica, Eslavonia e Italia; desgraciadamente, los orígenes de estas iglesias están aún rodeados de misterio.

La Iglesia naciente de Polonia sufrió durante algún tiempo, la influencia de la jerarquía de Alemania y del Imperio. Es muy probable que hayan existido frecuentes relaciones entre este país, la Silesia y la antigua diócesis de Lieja, que proporcionó hacia mediados del siglo XII, los primeros habitantes del monasterio de Lublin.

A la iglesia polaca le hizo falta un organizador, un príncipe enérgico, que hubiera llevado sus conquistas hasta el mar, poniendo así un dique a la marcha del Imperio, que no tardó mucho en conquistar el litoral y utilizarlo en beneficio de la raza germánica y en detrimento de los eslavos.

En la falange de misioneros que surcaban Polonia, Bohemia y Hungría, hacia fines del siglo XI, surge la gran figura de San Adalberto, obispo de Praga, monje romano, fundador del monasterio de Brevnaw a las puertas de Praga, alma ardiente, enamorada sucesivamente del ideal de la soledad y del apostolado y con vehementes deseos de obtener la palma del martirio, que conquistó el 23 de abril de 997 al ser sacrificado por los Prusianos.



CAPITULO XI

Reorganización de los monasterios ingleses durante el Siglo X.

Después de esta mirada de conjunto sobre la obra realizada por los monjes misioneros que llevaron la luz de la fe con la civilización a los pueblos bárbaros, dirijamos nuevamente nuestra vista hacia los monasterios ingleses que contribuyeron con valiosos elementos a esta conquista pacífica de las almas.

En el siglo que transcurrió entre la muerte de san Wilfrido y las primeras invasiones de los Escandinavos, era considerable el número de monasterios en los lugares habitados de Inglaterra. Pero a principios del Siglo X, las invasiones y el establecimiento de los daneses, que habían provocado el general colapso de la civilización, habían desaparecido muchos de ellos.

Unicamente se cita el caso de Lindisfarne cuya comunidad emigró primero a Chester-le-Street y de ahí a Durham, puede haber algún derecho para establecer un proceso de continuidad, pero este monasterio no está considerado entre los que revivieron durante el siglo X.

Lo que se sabe del estado general de Inglaterra y del continente durante este mismo período es que casi todas las casas pequeñas habían desaparecido y en las más importantes había un nivel de vida tan bajo, que casi no se podía reconocer como monástico.

Asser, biógrafo del Rey Alfredo, relata como, cuando este rey resolvió aumentar sus buenas obras fundando dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres, se vió obligado a buscar tanto al abad como a los monjes en el continente. Asser agrega que el rey hizo esto porque la vida monástica casi había muerto en Inglaterra y ningún noble ni hombre libre quería abrazarla.

Todo esto nos demuestra que durante el reino de Alfredo, o sea, a fines del siglo IX el monasticismo casi había desaparecido en Inglaterra.

El cambio de este estado de cosas en Inglaterra se debió a un sólo individuo. Ha habido pocos grandes hombres ingleses que ha-

yan sido tratados con tanta dureza por las generaciones posteriores como Dunstan y sólo en los últimos años se le ha reconocido como uno de los primeros fundadores de la unidad nacional y como un eminente conductor espiritual de sus compatriotas.

Su habilidad de hombre de estado, el don que tenía para ganar e inspirar la voluntad de los que lo rodeaban, fué lo que lo capacitó para organizar el nuevo monasticismo en Inglaterra.

Dunstan nació cerca de Glastonbury, por el año de 909. En Canterbury recibió los elementos de su variada cultura.

Entonces era el monasterio una reunión de construcciones irregulares. Muchos peregrinos irlandeses lo visitaban, pues venían a orar sobre las tumbas venerables por contener los restos de San Patricio y Santa Brígida. En sus principios fué un monasterio celta, más tarde sajón, pero en esa época había desaparecido la vida monástica y de las construcciones propias de un monasterio sólo se conservaba una biblioteca importante.

Allí estudió y fué tonsurado el joven Dunstan. Recibió libros e instrucción de los irlandeses que por esa época visitaron la corte de Athelstan. Influyó también en su educación, Aelfhah "el monje", pariente suyo, que fué obispo de Winchester en 934.

A la muerte de Athelstan en 939, Dunstan desempeñó el cargo de consejero del rey Edmundo, pero como tenía muchos enemigos el rey decidió desterrarlo. Por ese tiempo el rey estuvo a punto de morir al perseguir un venado y esto lo hizo reflexionar. Volvió a mandar llamar a Dunstan para enviarlo a Glastonbury. Desde esta época, 933 o 34, empezó el gran resurgimiento de la Historia de la Iglesia en Inglaterra. Dunstan edificó un monasterio, reunió discípulos y les dió una regla de vida basada por completo en la Regla de San Benito. Es muy probable que la Regla misma y quizá otros reglamentos especiales como el *Ordo qualiter*, hayan estado en la biblioteca de Glastonbury.

La tradición nacional, su propia inclinación y las necesidades de la época, lo inclinaron a impartir, dentro del monasterio, la educación más completa y tuvo la fortuna de atraer a su alrededor, a un grupo de discípulos de mucho porvenir.

Entre éstos, estaba Ethelwold, de cuna distinguida y nativo de Winchester.

Como Dunstan, también había estado en la corte de Athelstan y había sido discípulo de Aelfhah, que ordenó a los dos amigos el mismo día; más tarde, siguió a Dunstan a Glastonbury, donde aprendió con él, letras y divinidades.

Ethelwold parece haber sido de carácter más intransigente y austero que Dunstan, ya sea, por esta u otra razón se proponía dejar Glastonbury para dirigirse al continente, cuando la reina madre Edith consiguió del rey Edred que le encargara la reorganización del monasterio de Abingdon, la que emprendió llevando consigo, entre otros monjes, 3 clérigos de Glastonbury. A la muerte del rey Edred, Edwig que lo sucedió en el trono, instigado por las intrigas de la

corte, desterró a Dunstan que se refugió primero con Arnulfo, conde de Flandes y más tarde en el recientemente reformado monasterio de Blandinium en Gante. Allí, por primera vez, respiró Dunstan la atmósfera del vigoroso monasticismo continental con sus tradiciones de Carlomagno y Benito de Aniane. A pesar de que pensaba con tristeza que todo su trabajo había sido destruido, nunca perdió la esperanza en el éxito final y su experiencia del extranjero, fructificaría en los años siguientes.

Cuando en 957 fué nuevamente llamado por Edgar, hermano de Edwig, que había sido coronado rey de Mercia, Dunstan fué consagrado obispo y se le dió la administración de Worcester y más tarde la de Londres. En 959, Dunstan fué consagrado obispo de Cantorbery y nombrado consejero del rey. Abingdon volvió a florecer y Ethelwold, nombrado consejero de Winchester, llamó monjes de Corbie para dar solemnidad y uniformidad al ceremonial y al canto.

Mientras tanto, Oswald había venido a unirse a los dos amigos para ayudarles en su grandiosa obra de reorganización. De familia danesa, tenía parentesco cercano con dos arzobispos: el santo Oda y Oskytel de York; como tenía grandes anhelos de una vida más perfecta, en el año 950 fué enviado por su tío Oda a Fleury, donde permaneció hasta 958.

En Fleury conoció probablemente a Osgar de Abingdon y a otros jóvenes ingleses, entre ellos, Germanus de Winchester. A su vuelta a la isla, Dunstan persuadió al rey Edgar para que le diera la sede de Worcester, lo estableció en un pequeño monasterio cerca de Bristol. Con estos 3 obispos monásticos de notable habilidad para el poder, fué posible un gran movimiento de organización eclesiástica.

El rey Edgar cooperó en todo con los tres obispos, dando tierras para la fundación de los monasterios y ayudando a restaurar los antiguos.

En los años siguiente, el número de fundaciones monásticas creció rápidamente, teniendo por centros: Glastonbury con Dunstan, Abingdon con Ethelwold y Westbury con Oswald, cada uno con sus propias tradiciones. El grupo de Dunstan tenía las prácticas más sencillas y completamente inglesas, el de Ethelwold, quizá más austero en cuanto a disciplina, tenía elementos tomados de Fleury y Corbie y por fin, el de Oswald era una completa reproducción de Fleury.

Los tres conductores que ya no podían ejercer una supervisión continua, preocupados por el porvenir de sus propios establecimientos, decidieron establecer, de común acuerdo, una regla de vida para todos y poner la corporación completa tanto de mujeres como de hombres bajo el patronato directo del rey y de la reina.

La reunión organizada por Ethelwold tuvo lugar en Winchester además de los obispos y de los abades, estuvieron también presentes las abadesas, y es probable, que la ocasión fué la reunión de todos los notables del reino, en la fiesta de Pascua, por el año de 970. El procedimiento y la forma fueron similares a la reunión de Aachen, que tuvo lugar en el reino de Luis el Piadoso con Benito de Aniane.

Además de los eclesiásticos ingleses, estaban presentes, monjes de Fleury y de Gante, representando a las dos grandes escuelas extranjeras de monasticismo.

El resultado de esta asamblea fué el código titulado "Regularis Concordia" (Anglicae nationis, monachorum sanctimonialiumque) que todos los representantes de los diferentes monasterios ingleses se comprometieron a observar.

La *Regularis Concordia*, consta de un largo y moderado prólogo que explica las razones de la reunión en Winchester, su método de trabajo y algunas de sus resoluciones particulares, además de algunas recomendaciones hechas por Dunstan y aprobadas por el rey, a continuación, una serie de capítulos de diferente extensión, detallando las funciones litúrgicas del día y los deberes de los superiores monásticos. Termina con complicadas prescripciones para las ceremonias y sufragios relacionados con la muerte de un monje y un corto postscriptum que exime a los monasterios del "heriot", que se debía pagar a la muerte de los poseedores de extensas propiedades. El texto del documento está basado en las reglas ya existentes; esas partes están escritas en latín de la época con algunas fórmulas griegas revestidas de latín y sólo puede proporcionar información después de un examen cuidadoso.



CAPITULO XII

Los monjes Benedictinos en España.

En España se introdujo la Regla de San Benito en el primer tercio del Siglo VII. Por este tiempo atravesaron los Pirineos San Martín Abad en Armórica y San Armando Apóstol de los Vascos y Navarros; pero su importancia creció en los tres primeros siglos de la Reconquista y triunfó en los primeros años del Siglo X y del XI. Al repliegarse el ejército árabe empezó la obra repobladora de los monjes ordinariamente con la restauración de los antiguos monasterios o santuarios arruinados. Por eso la historia de muchas regiones en los primeros siglos de la reconquista se confunde con la de sus claustros.

La obra restauradora de los monjes da principio en las montañas de Urgel, extendiéndose en la región catalana en pequeños cenobios fundados por iniciativa personal y en otros favorecidos por Carlomagno y Ludovico Pío. Entre los más famosos se cuentan: San Miguel de Cuxá. San Feliú de Guixols, San Pablo del Campo. El Primer Conde de Barcelona levantó en 880 el de Monserrat santificado por la aparición de la Virgen María según cuenta la tradición.

A fines del siglo X gobernaba el monasterio de Ripoll fundado en 880, el Abad Oliva que hizo de él un verdadero centro de santidad. En la Abadía había una escuela fundada por el Abad Arnulfo y además de él figuran brillantes escritores como Juan de Fleury y Oliva, el monje autor de unos opúsculos sobre aritmética y Astronomía. En la biblioteca de Ripoll se llegaron a reunir más de trescientos Códices que contenían, además de los libros sagrados y escritos de los Santos Padres, la literatura de los clásicos paganos, las obras filosóficas de Aristóteles y de los poetas cristianos. Por los documentos de este monasterio conocemos a los monjes gramatóforos tan extendidos en los monasterios medioevales, encargados de transmitir de una abadía a otra la muerte de un hermano religioso para que se hicieran sufragios por él.

En Aragón, San Juan de la Peña, que desde el siglo X se transformara con los monjes en un centro de vida religiosa y patriótica. San Salvador de Leyre en Navarra, surge como núcleo de la nacio-

nalidad. En medio de augustas soledades. La Abadía es también Alcazar Real, Sala de Cortes y de Concilios. Sancho el Mayor regaló ricas villas al monasterio.

En el reino asturiano leonés empieza la restauración monástica desde el principio de la Reconquista, con los monasterios de Santa María de Covadonga, San Vicente de Oviedo, Samos. Con Alfonso el Casto dá principio la serie de grandes fundaciones: San Vicente del Pino, en Monforte de Lugo, San Pedro de Antealtares, San Martín de Pinario junto al sepulcro del Apóstol Santiago. A fines del Siglo IX florece la Abadía de San Toribio de Liébana.

Otra de las figuras monásticas de esta época, es San Geladio apasionado por la vida eremítica, que vino a San Pedro de Montes, ilustre por los recuerdos de San Fructuoso y San Valerio, estableció edificios, plantó viñas y pomares y amplió la Iglesia. San Geladio fué el hombre de confianza de Alfonso III. San Rosendo es otro de los personajes que más trabajaron en la reforma del monasterio. Estaba emparentado con la familia real de León. El Rey Alfonso III restauró en 904 la Abadía de Sahagún con monjes venidos de Andalucía.

En Castilla los Condes independientes construyeron numerosos monasterios. En la Provincia de Burgos, San Pedro de Cardeña, San Pedro de Arlanza, San Sebastián (más tarde San Domingo de Silos).

San Pedro de Cardeña es el monasterio de Garcí Fernández y del Cid Campeador; su historia empieza en el penúltimo decenio del siglo IX y se confunde durante mucho tiempo con la de Castilla. El Cid encontró amistosa acogida en ese monasterio en los días de gloria, como en los de persecución y desgracia.

De su escuela de copistas salió a mediados del siglo X la Biblia, joya que se conserva en la Biblioteca de Burgos.

Santo Domingo de Silos (1000 a 1074) había regentado en su juventud el priorado de Cañas, salió más tarde desterrado de San Millán de la Cogolla por defender los derechos del monasterio contra la avaricia del Rey Don García.

Santo Domingo fué en Silos un gran santo y un gran artista, restableció la observancia en el claustro, los reyes le consultaban.

La época de florecimiento de Silos coincide con la entrada de los benedictinos de Cluny, siguió gozando de mucha influencia con el abad Rodrigo consejero de Alfonso el Sabio.

En estos monasterios, de los que solo he citado un pequeño número se concentraron las energías de los monjes para la difícil obra de civilizar y educar al pueblo español en las tierras que se les iban arrebatando a los moros.



CAPITULO XIII

El monasticismo en Francia.

Mientras tanto, en los monasterios de Francia y Flandes, se desarrollaba una vida que seguía el lineamiento trazado por Benito de Aniane; una vida de comunidades grandes y bien establecidas que consagraban la mayor parte de las horas de vigilia a las oraciones litúrgicas y a las plegarias en común, acompañadas de un ceremonial complicado. Las horas libres se empleaban en la administración doméstica y lecturas meditadas. Aún cuando ahora se le reconoce a través de Europa occidental como la única vida monástica que seguía la Regla de San Benito, había perdido muchas características tanto de la vida de Monte Cassino como de la de otros monasterios superiores.

No tenía ninguno de los rasgos puramente contemplativos del monasticismo primitivo, muy poco de la sencilla vida patriarcal de Monte Cassino y aún menos, de las distintas actividades apostólicas que habían sido, en épocas pretéritas, el carácter esencial de los monjes ingleses.

El medio de la decadencia general de la disciplina eclesiástica y religiosa que caracteriza los últimos años del siglo IX, la obra intentada por Luis el Piadoso y su consejero Benito Aniane, en la gran asamblea de Aquisgrán (817) había sido infructuosa; pues la unificación de la disciplina claustral intentada por ellos, no se había realizado.

Si bien es cierto que las grandes abadías de Francia y de Germania permanecían fieles a las tradiciones carolingias, como centros de cultura literaria y artística, el vigor de la disciplina interior se había relajado insensiblemente bajo la influencia del movimiento de anarquía que culminó con el feudalismo. El monasterio, durante la época carolingia, en virtud del derecho de apropiación, se convirtió en uno de los engranajes del mecanismo político.

Si el monasterio es propiedad del soberano, éste dispone libremente de los bienes monásticos y los enajena a favor de sus vasallos. A pesar de las reclamaciones del clero, el fisco absorbe más y más los monasterios episcopales; y los soberanos, desde Carlos Martel has-

ta Carlomagno y Luis el Piadoso, disponen de ellos libremente. Consideran al abad como un funcionario que debe proporcionar al príncipe el servicio militar y las donaciones anuales. Los recursos de los monasterios están a merced de los soberanos, que para obtener el apoyo de los turbulentos y poderosos señores, les hacen donativos, en perjuicio de los dominios eclesiásticos.

Los esfuerzos de San Benito de Aniane, para excluir a los abades laicos de los monasterios regulares, no fueron coronados por el éxito.

En las luchas intestinas que despedazan al Imperio, los monasterios son el rescate de los partidos; los grandes vasallos, se apoderan de muchos de ellos, para aumentar sus propiedades y este desplazamiento de la propiedad y del poder, tiene fatales consecuencias, desde el punto de vista religioso. Cuando no es una decadencia completa por la intromisión de los abades laicos y los abusos de los poderosos, es una disminución del fervor lo que se tiene que deplorar.

La secularización de la vida religiosa, se manifiesta en toda la Cristianidad, precipitada aún más por las invasiones de los normandos y de los sarracenos y por la triste condición del Papado que tiene que luchar contra el yugo de las facciones romanas. Entonces es cuando surge Cluny, como una protesta contra el relajamiento general, como un punto de apoyo para una nueva restauración monástica.

CAPITULO XIV

Orígenes e influencia de Cluny.

En la vida de San Hugo de Autun hay el siguiente relato que liga el origen de Cluny con Monte Cassino, la casa madre del monasticismo Occidental:

“En el siglo VI, un varón distinguido de las Galias, movido por Dios y por el amor a su santa religión, envió mensajeros a San Benito pidiéndole monjes de Monte Cassino. San Benito envió doce monjes, uno de los cuales era Mauro, su discípulo preferido.

Llegaron a Anjou donde fundaron el monasterio de Glanfeuil, con Mauro como abad. Bajo su dirección el monasterio prosperó en gran manera, hasta que una incursión de los normandos obligó a los monjes a huir hacia el Sur, donde se establecieron en Saint Savin, Poitiers y allí floreció nuevamente la vida monástica.

Saint Savin llegó a ser un monasterio modelo, favorecido por los reyes de Francia. Más tarde, 18 monjes de Saint Savin reformaron el monasterio de San Martín en Autun, entre ellos estaba Hugo, que fué el primer abad. Bajo el gobierno y los cuidados de Hugo, floreció el monasterio; de todas partes acudían hombres para hacer sus votos en San Martín. En aquel tiempo, la vida monástica casi había desaparecido en las Galias y los pocos monasterios que subsistían en medio de las ruinas causadas por las invasiones de los normandos, eran motivo de escándalo.

Baume era de todos los monasterios de Galia, en donde más sufría la vida regular. Para reformarlo, se hizo un llamado a los monjes de San Martín que enviaron a Berno como abad.

Con su nombre se encuentra la conexión de Baume con Cluny, pues con la cooperación del duque Guillermo de Aquitania, de que fué nombrado Abad. Así los eslabones de la cadena se unen: de Monte Cassino a Glanfeuil, de Glanfeuil a Saint Savin, de Saint Avin a Saint Martín, de Saint Martín a Baume y de allí a Cluny.

Las 3 fuentes de información para los orígenes del monasterio de Cluny son: la donación de Guillermo de Aquitania, el testamento de Berno y la Vita Anonyma.

Alrededor del año 910, en un lugar boscoso y solitario, el duque Guillermo de Aquitania fundó el monasterio de Cluny.

Usando del derecho de escoger el primer abad, confió esta fundación al abad, de Baume, Bernon, célebre entonces por el brillo de sus virtudes.

Este acontecimiento tuvo una gran trascendencia pues el pequeño monasterio se hizo famoso en toda Europa y Cluny se convirtió en el centro de un nuevo sistema universal. En donde los monjes habían construido unas pobres casas de madera, según su saber y entender, tuvo su origen un nuevo y famoso estilo arquitectónico.

Para asegurar el porvenir de este monasterio destinado sobre todo a recibir a los que "pobres en el siglo no llevan consigo sino su buena voluntad", Guillermo lo eximía de todo dominio secular y eclesiástico, colocándolo directamente bajo la jurisdicción y protección de la Santa Sede.

Al llegar directamente Cluny al Papado, el duque de Aquitania sentaba el fundamento de una gran institución que desempeñaría un papel internacional en el seno de la cristianidad, puesto que la labor principal de Cluny, la que lo dió a conocer como el centro espiritual de Europa, reside sobre todo, en la reforma que introdujo, en el entusiasmo espiritual que hizo renacer en la vida monástica y en el establecimiento de una regla uniforme y universal, para todos los monasterios de Occidente.

El papel mundial de Cluny comienza con su segundo Abad, San Odón. Antiguo paje de Guillermo de Aquitania, más tarde canónigo de San Martín de Tours, Odón, a los 30 años, aspira a la práctica de la renunciación evangélica.

Después de buscar el monasterio que pueda llenar sus aspiraciones, se coloca bajo la dirección de Bernon.

Odón permaneció en Balma quince o diez y seis años entregado por completo a la oración, pero no ocioso, pues se sabe que por ser hombre de cierta instrucción fué nombrado maestro; probablemente sus alumnos eran niños, que vivían en el monasterio como oblatos, y algunos monjes.

Uno de los acontecimientos importantes de su vida, fué su ordenación sacerdotal, que aceptó por obediencia, pues se consideraba indigno de esa gracia.

Cuando, sintiendo próxima su muerte, Bernon quiso asegurar el porvenir de su obra (926), puso en manos de Odón las casas de Cluny, de Déols y de Massay y la de Balma la confió a otro de los monjes.

Así, mientras disminuía la importancia de Balma aumentaba la de Cluny. El contraste entre la historia de los dos monasterios, es una prueba de lo que Cluny debió a su segundo Abad.

El éxito de Odón puede atribuirse en gran parte a su edad, pues entonces era un hombre de más de cuarenta años, entrenado en la disciplina monástica, y a esto se debe el espíritu de moderación que caracterizó su gobierno. Los hombres del siglo X, que vivían en un mundo desorganizado y corrompido, no se hubieran inclinado fá-

cilmente ante un yugo demasiado austero; era necesario conducirlos gradualmente hacia la concepción del ideal ascético, que consistía en una vida de penitencia y obediencia.

Un futuro lleno de promesas se abría ante Cluny. Su situación geográfica le era completamente favorable. Estaba situado al abrigo de las montañas, en un lugar de Borgoña, al que no habían llegado a penetrar ni normandos ni sarracenos; cerca de uno de los caminos que seguían los peregrinos para ir a Roma, y en el curso alto del Ródano. Su situación era aún más favorable para conservar su autonomía, porque en ese lugar de Borgoña no ejercían su autoridad ni el rey de los Francos ni el emperador de Alemania, pues el poder de uno estaba contrarrestado por el del otro, y el duque de Borgoña, que en aquel tiempo luchaba por contener las invasiones de los bárbaros, no se ocupaba de la existencia del monasterio.

El programa trazado por Odón, y que quedó como el de Cluny, era bastante sencillo, consistía en un retorno a la regla benedictina por medio de una vida de silencio, de trabajo y de oración. La vida frugal, por la práctica de la abstinencia, era una protesta contra los abusos del siglo, y la práctica de la perfecta abnegación rodea nuevamente al sacerdote y al monje de la aureola de santidad, de la que habían sido despojados por el infortunio de los tiempos.

El trabajo ocupa un lugar importante en la vida del cenobita, el de los campos está reservado a los colonos, y el de los oficios manuales a los monjes.

Cluny heredó de las tradiciones de San Benito de Aniane, la importancia otorgada a la salmodia monástica. Era necesario dar ocupación a los monjes durante las horas que San Benito había fijado para el trabajo de los campos; el estudio o la lectura no se podían prolongar indefinidamente o no estaban al alcance de todas las inteligencias.

Se aumentó el número de salmos y se multiplicaron los oficios. Odón y sus sucesores les atribuyeron gran importancia, dieron relieve a su celebración por medio de una gran variedad en las ceremonias litúrgicas, realzaron su brillo por la ejecución perfecta de sus melodías, por la magnificencia de los ornamentos y por la belleza de los edificios. La oración litúrgica fué el alma de Cluny.

Además del oficio divino, el cluniaciense se consagraba al estudio o a la lectura, pero se comprende que no disponía de mucho tiempo para estas actividades.

Se había roto el equilibrio establecido por San Benito entre la oración y el trabajo. Al abandonar el trabajo de los campos, hubiera sido necesario organizar el trabajo intelectual. La escuela exterior y la actividad científica, tal como las aceptaron otras grandes abadías, hubieran podido reemplazar ventajosamente el trabajo manual, pero en Cluny, la escuela interior, por esmerado que fuera el cuidado con el que se educaba a los oblatos, sólo se dirigía a un número restringido de niños y no se sabe que en el gran monasterio se hayan producido muchas obras literarias antes de Pedro el Venerable.

La obra de Odón exigía que se fijaran por escrito las costumbres monásticas practicadas en Cluny, puesto que debían ser el instrumento de la unificación litúrgica y disciplinaria en el seno de la Orden; además, una recopilación se imponía para los monasterios sometidos a la dirección de Odón. La primera redacción de las costumbres cluniacienses, "Coutumes clunisiennes", (puede ser anterior al año de 930), se basaba en las tradiciones de Balma y contenía las prescripciones relativas a la vida litúrgica y las observancias de la vida cotidiana.

Sucesivamente, desarrolladas y escritas por el monje Juan durante el gobierno de San Odilón, en favor del monasterio de San Salvador en Apulia, de donde pasaron a Farfa, fueron enviados a Hirsau y, por esta vía, penetraron a los monasterios de Alemania del Sur, mientras que en Francia, en Bélgica, en España y en Italia, serán durante mucho tiempo el directorio de la vida litúrgica, imprimiendo a una multitud de monasterios sus características particulares.

Desde 931 el Papa Juan XI, al tomar el monasterio bajo su protección, confirmaba el libre derecho de elección del Abad y autorizaba a Odón a propagar la obra de la Reforma "en este tiempo en que casi todos los monasterios son infieles a su Regla". Los monasterios reformados quedaban sometidos a Cluny.

Desde este día, Cluny marcha de conquista en conquista: en Borgoña, Romainmoutier, en Aquitania, Aurillac, Tulle, Sarlat, Lézat, de donde la acción reformadora llega a Limoges, Solignac, Saint Jean d'Angely, Saint Allyre de Clermont, Saint Chaffre du Monastier, Jumiéges en Normandía, más allá Fleury, Saint Pierre le Vif en Sens, Saint Julien de Tours. Italia entrará pronto en la órbita de Cluny.

Es fácil imaginar el triste estado en que se encontraban los monasterios de ese país, al recordar que la Santa Sede estaba entonces a merced de una Teodora y de una Marozia. Y es precisamente Alberico, el hijo de esa Marozia, el que será el instrumento de la restauración monástica en la provincia de Roma. No se sabe exactamente como entró en relaciones con el abad de Cluny, lo más probable es que hubiera aprovechado su estancia en Roma.

Alberico le confió la dirección de los monasterios de Roma y sus alrededores y le hizo el donativo de su casa en el Aventino, para transformarla en un monasterio, bajo la advocación de Nuestra Señora; es aquí donde Hildebrando recibirá más tarde su primera formación monástica. Subiaco, San Elías de Suppentone, cerca de Nepi, son reformados por Odón, y su influencia se extiende a Pavia y a Benevento. Unos años más tarde y la reforma se implantará en Farfa y en Monte Cassino.

En la diócesis de Lieja, e independientemente de Cluny, San Gerardo de Brogne emprenderá la obra de reforma. Gorze se convierte en el centro de este movimiento por las diócesis de Metz, de Verdun, de Toul, de Lieja y de Trèves. Más tarde se pondrá en

contacto con la abadía borgoñona por el intermediario de Fleury. Gerardo de Brogne es el instrumento de la alta nobleza feudal. A su muerte, el Bienaventurado Ricardo de Verdun y San Poppon de Stavelot, continuarán su obra.

La abadía de San Maximino de Trèves ejerce su acción bienhechora sobre la diócesis de Colonia, donde la reforma de Lorena penetra en los antiguos monasterios y es la base de las nuevas fundaciones de San Pantaleón y de Gladbach. Gorze tiene sus "Costumbres" como Trèves, Saint Evre sigue las de Fleury. Estrechos lazos unen a estas diferentes casas con Cluny y el movimiento se extiende aún más lejos, en toda la diócesis de Reims y hasta la de Chartres y Sens.

A la muerte de Odón, ocurrida el 18 de noviembre de 942, la obra clunicense tenía su existencia asegurada.

Mayolo o Mayeul, fué otro abad de Cluny, durante su gobierno se extendió la influencia de este monasterio más allá de los límites de Borgoña y de Francia, pues ganó la confianza de Otón el Grande y sobre todo de la Emperatriz Adelaida. A su paso por el Jura y por Alsacia fundó los monasterios de Paren y de Altorf.

En Pavía, reforma San Salvador y Saint Pierre-au-ciel-d'or y funda la abadía de Santa María. Su discípulo Guillermo de Volpiano en el monasterio de San Benigno de Dijon, propaga la reforma en Vergy, en Beze y en Tonnerse y consigue agrupar bajo su gobierno cerca de cuarenta monasterios. Guillermo introduce también la reforma de Metz y Toul, donde terminan los esfuerzos de los grandes reformadores monásticos de la época.

Las antiguas abadías imperiales eran refractarias a las nuevas observancias, pero en otros sitios del Imperio, penetró la Reforma, como en Einsiedeln en Suiza y de allí a Saint Emmeran de Ratisbona y a un gran número de casas de Baviera.

El que las costumbres seguidas en Ratisbona estén ligadas con San Dunstan de Cantorbery o tengan alguna afinidad con Gorze o con Fleury, y por consiguiente, con las de Ethelwold de Abingdon, que había puesto a su abadía en contacto con los monasterios de Flandes y de Francia, por medio de Fleury, tiene poca importancia; el hecho es que en Ratisbona como en Trèves, como en Gorze, en Fleury y en Einsiedeln se escribieron las "Costumbres" al mismo tiempo que en Cluny.

De Ratisbona, la restauración monástica, penetró en Alemania y llegó hasta la abadía imperial de Hirsfeld, bajo el impulso directo del Emperador San Enrique II. Odilón de Mercoeur, joven monje de gran talento fué el sucesor de Mayeul. Sostuvo continuas relaciones con los emperadores, siendo el árbitro y el mediador en las dificultades que los dividían.

El abad de Cluny se había convertido en una autoridad con la que era necesario contar y el monasterio borgoñón en un centro de ideas y de reformas del que no se puede desconocer la importancia.

La corriente de simpatía de los príncipes de Francia, de Hugo Capeto y de Roberto II, considera a los reformadores Abdón de Fleury y después a Odilón, como verdaderos estadistas. Por lo que es muy natural que la aristocracia, despojada de sus antiguos privilegios, al verse excluida de los negocios del reino, los ataque con gran saña para desacreditarlos.

En Verdun, como en Farfa y en Chartres, todos se dirigen al abad de Cluny para obtener una solución en los asuntos que se relacionan con la disciplina eclesiástica.

La influencia de Cluny se propagó también en España aunque no estaban en decadencia los monasterios españoles. Primero el monasterio de San Juan de la Peña. Sancho el Mayor les introdujo en Leyre. Además las casas de Oña, Samos, Camprodón, San Miguel de Cuxá, Santa María de Gueiru y Ripoll en la segunda mitad del siglo XI.

Alfonso VI favoreció grandemente a los monjes cluniacienses y cedió a Cluny algunos de los principales monasterios. El monasterio de Sahagún fué el centro de la política de Cluny en España; el abad, los monjes y las costumbres eran en este monasterio las mismas de Cluny. Hasta los fueros otorgados por el rey al colocar la villa de Sahagún bajo la jurisdicción del Abad, estaban inspirados en el feudalismo francés. Estos fueros originaron continuas discordias que obligaron a intervenir al rey Alfonso el Sabio.

Italia, donde la acción de Cluny se había dejado sentir desde los primeros años del abaciato de San Odón y que tenía como centros principales: Parma, Classe, Farfa y San Salvador de Rieti, vió levantarse bajo la influencia directa de Cluny, la gran abadía de la Cava cerca de Salerno, que se convirtió a su vez en la casa madre de una multitud de dependencias.

Con la muerte de San Odilón, termina la primera fase de la actividad de Cluny. La obra de reforma ha sido realizada y Cluny conserva la preeminencia como la primera casa reformadora de la época. En aquel tiempo de materialismo grosero, Cluny recordó a los hombres los intereses intelectuales y espirituales que habían olvidado.

Para conseguirlo empleó todos los medios justos que estuvieron a su alcance.

Fundada por un príncipe y habiendo sido favorecida por emperadores, reyes y nobles desde su fundación, estaba en estrecha relación con el poder temporal. Autónoma, desde su origen, dependía directamente del obispo de Roma y a medida que creció su influencia, ésta da mayor fuerza y prestigio al Papado.

En esto, la obra de Cluny fué inconsciente, pues la importancia de sus propios negocios hacía que raras veces se viera al abad y a los monjes fuera de sus muros.

Pocas veces los biógrafos de los primeros abades hablan de sus conexiones con el mundo exterior y si mencionan su participación en algún acontecimiento histórico no es porque ellos busquen al

mundo exterior, sino porque el mundo exterior los busca para que intervengan y solucionen sus dificultades.

Otras fuentes son las que nos proporcionan los informes del inmenso poder que residía en las manos del abad de Cluny.

Durante el gobierno de Hugo, sucesor de Odilón, este poder llega a su punto máximo. Infinidad de monasterios se fundan en Francia, Alemania, Italia, España e Inglaterra, hasta en Jerusalén.

En estas casas, la voluntad de Hugo es suprema: sólo a él estaban sujetos los priores y los abades.

Hugo era el jefe de una vasta institución, de un sistema internacional.

El vivió a través del período más tempestuoso de la lucha entre el Imperio y el Papado. Nunca rompió por completo sus relaciones con Enrique IV, que se acercó a él, "como su único refugio, su consuelo en la desgracia". Se cree que en Canossa, Hugo fué el intermediario entre el Papa y el Emperador.

Urbano II, que antes de subir al solio Pontificio, fué monje y prior de Cluny, concedió aún mayores privilegios a la abadía. Y en el apogeo del esplendor de Cluny, cuando los altares de su gran iglesia abacial, una de las glorias de Europa, fueron consagrados por el Papa en persona, Urbano, dirigiéndose a sus compañeros los llamó así: "Vos estis lux mundi".



CAPITULO XV

Influencia civilizadora y cultural del monasticismo.

Montalembert en su famoso libro "Les moines d'Occident" escriben así:

Por todas partes se veía a los monjes iniciando a los pueblos en los métodos e industrias más provechosos, aclimatando en un clima riguroso, los frutos más útiles, las semillas más productivas: importando sin cesar de los países lejanos a las comarcas que ellos habían colonizado, ya sea los rebaños de mejor raza, las plantas nuevas y desconocidas hasta entonces; introduciendo aquí el empleo de las bestias de carga y de los caballos, más allá la apicultura, en otra región la fabricación de la cerveza con el lúpulo; en Suecia, el comercio de los granos; en Irlanda, las pesquerías de salmón; en el Parmesan, las queserías; en fin, favoreciendo el cultivo de la vid y plantando los viñedos más estimados en Borgoña, a orillas del Rhin, en Auvernia, en Inglaterra misma y en gran número de países donde la vid no se cultiva ya".

Los monasterios se ocuparon del cultivo de las hortalizas y de los árboles frutales. En Wurtemberg se aprecia la importancia de este cultivo en las abadías de Reichenau, de Saint Gall, de Hirsau y de otras muchas. Se encuentran muchas particularidades interesantes en los documentos de la Edad Media, a propósito del régimen de alimentación de los monasterios la piscicultura debe mucho a los monjes obligados por su regla a la abstinencia.

La sociedad civil de la Alta Edad Media, tal como se presenta bajo Carlomagno, ofrece la apariencia de un Estado, en realidad, sólo viene a ser una aglomeración de pueblos en los cuales, la antigua idea del derecho del Estado sobre los individuos, ha desaparecido.

Pasando del cultivo colectivo a la constitución de un estado, los Germanos, que desconocían el papel del metal en la circulación de la riqueza y la misión social de la propiedad privada, se encontraron frente a ciertas exigencias incomprensibles para ellos. Era ne-

cesario reconstruir una propiedad privada en la que se pusiera en valor la riqueza del suelo, en la que se volvieran a establecer grupos de habitaciones para llegar, por medio de una red de explotaciones rurales, a reconstruir una sociedad orgánica.

Sólo la gran propiedad podía dar impulso a las fuerzas que diseminadas no hubieran dado el resultado deseado. La sociedad germana hubiera perecido por inanición sin los grandes dominios. Pero no hay que confundir la señoría de la Edad Media, con la villa romana donde bajo el látigo del jefe de los esclavos, los pobres animales humanos cumplían tristemente con el trabajo. El gran dominio de la época carolingia pone a trabajar lo mismo a los hombres libres que a los siervos y la división del territorio en "manses" independientes, que dejaba a los cultivadores su propia iniciativa, su interés personal y una parte de responsabilidad. Es triste pensar ahora que el siervo dependía de la tierra, pero es seguro que el siervo de aquella época se sentía feliz con la estabilidad que había adquirido: tener su pedazo de tierra y su choza de los que no sería desposeído.

Sin embargo, si a pesar de su influencia en el mejoramiento gradual de las condiciones de los siervos, sobre todo en las tierras de la abadía de Cluny en los primeros siglos de su existencia, más tarde se puede reprochar a ciertas abadías el olvido de sus deberes, es porque en ese tiempo están en decadencia y han caído en una dependencia demasiado directa de las familias señoriales.

En el Hainaut, la condición jurídica del siervo persiste, pero no se percibe ninguna distinción entre las tierras que están en manos de los siervos y las de otros campesinos, los actos de manumisión se multiplican gracias a la oblación del liberto en manos del patrón de una iglesia.

La servidumbre voluntaria, provocada por consideraciones de orden espiritual, lo era también por razones de orden temporal. La servidumbre voluntaria era un remedio excelente contra los males de los que sufría el pueblo por el feudalismo todo poderoso.

Libertados por sus amos, los siervos de iglesias, encontraron en su dependencia del monasterio, una garantía de seguridad.

Al ponerse bajo la protección de la iglesia, se veían libres de los señores y participaban de los privilegios de los monasterios; y la insistencia que tenían los siervos en ponerse bajo la servidumbre del monasterio, nos demuestra que esta institución ofrecía verdaderas ventajas. Esta institución desaparece ante la emancipación gradual de la clase rural y el establecimiento de las comunas.

Como grandes propietarios, los monasterios fueron durante la Alta Edad Media, factores económicos de primer orden. La dispersión de la propiedad en la época de la explotación directa era un obstáculo para el progreso del comercio. El producto se consumía en el lugar donde se producía, pues el capital en numerario era casi desconocido. A falta de cuidado, el monasterio desempeña la función de almacén y mercado. Más tarde, los reyes y los prínci-

pes favorecen al comercio por las excenciones de aduanas, por la concesión de mercados y de una parte de los impuestos percibidos.

Las abadías más importantes se convirtieron necesariamente en grandes centros de cambios y de producciones agrícolas puesto que los productos más diversos llegaban a ellas.

En el siglo XI, los monasterios disponen de numerario y prestan dinero. Se convierten así en bancos agrícolas facilitando a las clases rurales el medio de mejorar sus cultivos, de comprar bestias de carga, etc., y desempeñan un papel económico importante.

Es necesario mencionar, a este respecto, una institución de los monasterios en la Edad Media, ésta es la de los oblatos.

Los monjes no podían prestarse sino en una forma muy limitada a los grandes trabajos agrícolas, sobre todo, cuando fueron elevados a la dignidad sacerdotal. El cultivo y los trabajos manuales, así como el servicio interior de la casa, fueron conferidos a algunos servidores (famuli, canonici, ministeriales) que constituían una población importante de los grandes monasterios.

Era un empleo útil y favorable para una multitud de personas, ya fueran libres o siervos.

En el siglo XI se produjo una evolución en algunos de estos servidores, que como tenían ciertas prácticas semejantes a las de los monjes, constituyeron una clase de religiosos diferente.

Esta institución se propagó en el siglo XI y tuvo su mayor florecimiento en la orden del Cister que utilizó a los conversos para la explotación de sus granjas y para el desbroce de los campos.

En muchos lugares se encuentran también grupos de mujeres cerca de las abadías (*Deo sacratae*, *Deo devotae*) como en Bélgica, San Martín de Tournai.

Durante los siglos X y XI es evidente que las razones de orden espiritual indujeron a las personas piadosas a agruparse alrededor de los monasterios, pero no se puede negar que esto constituía para muchas personas una especie de renta vitalicia que la abadía les garantizaba a cambio de la total o parcial entrega de su pequeño haber.

Los monasterios estaban interesados en tener cerca personas adictas a ellos, a las que podían confiar (aunque fuera en parte) el cuidado de su vestuario, de su sacristía, de sus hospitales y dependencias.

La idea de pensión vitalicia está relacionada, sobre todo, con los oblatos y reviste múltiples aspectos; el contrato de oblación, no es solamente una donación condicional concertada por un espíritu de devoción: es también un procedimiento económico para realizar los efectos de la pensión vitalicia.

El oblato, si es clérigo ofrece su haber, que el monasterio heredará después de su muerte, a cambio del gozo completo de su beneficio curial. Los casados gozan del usufructo de sus bienes y reciben además contribuciones que les hacen la vida más fácil y segura. Por esto, el oblato más que un indigente es un hombre previsor.

El trabajo manual, considerado en la antigüedad como ocupación de los esclavos, fué rehabilitado por las manos de los monjes. San Benito comprende que los distintos oficios deben ejercerse en sus monasterios, y en realidad, esto es una necesidad.

La industria aprovechó también la acción económica de los grandes monasterios.

Las necesidades de una numerosa comunidad que obligaba a que la explotación fuera local, obligaron a concentrar todas las corporaciones de oficios en un mismo recinto. Se implantaron nuevos oficios, al mismo tiempo que se adoptaban continuamente. En ciertos casos, como se puede comprobar por los Cistercienses del Norte de Alemania, los monasterios fueron los promotores de un movimiento industrial importante, como por ejemplo, para el trabajo de la lana. El monasterio de Braunau en Bohemia, provocó a mediados del siglo XIII, una emigración de fabricantes de paños flamencos. Se perfeccionó la técnica de los oficios; porque los grandes monasterios, con su variedad de edificios, exigían una habilidad especial de los obreros. Las grandes basílicas, las construcciones claustrales, las importantes granjas, se tenían que amueblar y proveer de útiles. Por eso, con toda razón, podemos afirmar que los gremios y corporaciones que dieron una organización a la industria durante la Edad Media, tuvieron su origen en los monasterios.

Gremios que han sido tan mal reemplazados por los sindicatos, en los que sólo obtienen beneficios unos cuantos líderes sin escrúpulos.

Pero el papel social por excelencia que desempeñaron los monasterios y al que nunca se dará la debida importancia, es el ejercicio de la caridad y de la hospitalidad en el cuidado de los pobres y los enfermos.

San Benito ve a Cristo en el pobre y en el enfermo, y aquí está la razón por la que los monjes fueron tan generosos y caritativos hasta la supresión de sus monasterios.

"Poco nos importa, decía en el siglo XI, el abad Théofrid d' Echernach, haciendo suyas las palabras de San Jerónimo: Que nuestras iglesias se eleven hacia el cielo, que los capiteles de sus columnas estén cincelados o dorados, que nuestros pergaminos y su encuadernación estén revestidos de piedras preciosas, si tenemos poco o ningún cuidado de los miembros de Cristo, y el mismo Cristo está aquí muriendo de hambre ante nuestras puertas".

Había fundaciones que aseguraban la distribución periódica de limosnas a un número determinado de pobres gracias a la colecta de los diezmos de todas las rentas. En determinados monasterios, varios pobres recibían diariamente la comida del convento y eran admitidos a la mesa del abad, como en Saint Hubert, donde el abad Thierry servía todos los días a doce pobres y después de haberles lavado los pies, se posternaba ante ellos como delante de Cristo.

Los monasterios distribuían periódicamente vestidos y leña, sobre todo, al acercarse el invierno.

Los estatutos de Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, copiados de los de Bec, prescriben al limosnero (aumonier) (oficio titular en algunas abadías) la obligación de informarse si hay en los alrededores enfermos o inválidos indigentes. La limosna es un capítulo obligatorio en el presupuesto de un monasterio.

La enorme concurrencia de peregrinos, a los santuarios monásticos, la afluencia de visitantes que desde el tiempo de San Benito acudían a los monasterios, hizo necesario una organización de caridad y beneficencia.

El presupuesto tenía previstas las ayudas de alimentos, vestidos y numerario para los peregrinos; se constituyeron hospitales para los enfermos, asilos para los ancianos y en Lorsh, como en Corbie, en Fulda, en Trèves y en Prüim, es posible comprobar que estas instituciones se extendían a muchos dominios de la abadía. La de Lobbes tenía además una hospedería abierta día y noche a los comerciantes que viajaban.

La hospitalidad fué generosamente practicada en las abadías y cuando se ve la inscripción siguiente en el epitafio del fundador del monasterio de Admont: "Esuriens victum petat in te, nudus amictum" podemos estar seguros que los monjes tenían conciencia de su misión de caridad.

Los ejemplos se pueden multiplicar fácilmente recordando como una alabanza para esas edades de fe, las numerosas fundaciones en favor de los peregrinos de Santiago y de los monjes escoceses en Francia y Alemania, y en Bélgica los numerosos hospitales y hospederías de Saint Bavon de Gante, de Gembloux, de Trond, de Stavelot en Lieja y otros muchos.

La hospitalidad comprendía la obligación que tenía el monasterio de practicar la medicina para prodigar cuidados en caso de enfermedad. Es completamente seguro que las enfermerías de los monasterios estaban bien organizadas y que los estatutos contenían prescripciones para el tratamiento de las enfermedades. Los recetarios prácticos aumentaron el tesoro de los libros relacionados con la medicina que se encuentran en los catálogos de las bibliotecas monásticas.

Durante la Alta Edad Media, los monasterios eran la única autoridad para lo que había subsistido del mundo antiguo en la enseñanza de la medicina. En Inglaterra, más que ninguna otra parte de Europa, habían desaparecido los restos de la medicina grecorromana que había sido substituida por una mezcla del conocimiento de las propiedades de las plantas y de magia popular. Ni Fleury, ni Cluny estaban interesados en la práctica de la medicina. El monasterio normando heredó las tradiciones de Guillermo de Dijon y más tarde, en otros monasterios, se hizo el estudio formal de la medicina, derivado de las tradiciones del sur de Italia. Así, desde la llegada de los monjes normandos hubo en Inglaterra una serie de monjes Physicians, entrenados al principio dentro del claustro, y más tarde, graduados en Salerno y otras universidades.

Entre ellos estaba Baldwin que fué primero monje de San Dionisio en París y que llegó a la corte de Eduardo el Confesor como physician del rey, que lo recompensó con la abadía de Bury, siguió prestando sus servicios al Conquistador y se le reconoce como la primera autoridad en el reino.

Se sabe que muchos monjes sostenían a la comunidad con el producto de su trabajo, Walter, el limosnero de Bury, construyó la hospedería con el dinero recibido para sus servicios como médico. Las circunstancias contribuyeron a hacer que los grandes monasterios fueran los únicos lugares del reino donde se conservaran los libros de medicina y las tradiciones de los tratamientos. La habilidad de los médicos hizo que los monasterios tuvieran una bien ganada reputación de la eficacia en los tratamientos clínicos.

En el continente, la historia conserva los nombres de muchos monjes que se distinguieron por sus conocimientos en la medicina, como Adavric de Saint-Vaast en el siglo XIII, el monje Tetbert de Marmoutier, Constantino de Monte Cassino autor de muchas obras de medicina y cuantos más al lado Hildegarda, la gran abadesa de Bergen, cuya obra *Physica* atrae cada vez más la atención de los naturalistas.

La acción económica de los monasterios fué una consecuencia de su posición de propietarios de bienes raíces, su influencia en el campo artístico y literario, una consecuencia de la cultura intelectual, que exigía la regla y las necesidades del culto litúrgico.

La regla benedictina divide el tiempo que deja libre el oficio divino entre la lectura y el trabajo. Rezan a prima y a tertia, a sexta y a nona, rezan también a vísperas y completas y aún nocturnos cuando no coinciden con los laudes, y vuelve a empezar después del descanso el nuevo día, con el rezo de las mismas horas canónicas. Fuera de las lecturas que escuchaban en el coro, durante los oficios, en el refectorio durante las comidas, en la "colación" o en conferencia espiritual de la tarde, el monje de los siglos VI y VII, disponía de varias horas al día para la lectura y esta palabra *lectura* tenía, en el lenguaje de la Alta Edad Media un sentido muy extenso.

El monje podía, sin gran esfuerzo, asimilar fácilmente la Sagrada Escritura, los principales comentarios de los Padres de la Iglesia, la literatura hagiográfica de su tiempo y las obras históricas, aunque éstas en realidad eran muy escasas.

Sabemos, por la vida de San Benito, que recibió niños en el monasterio y muchos pasajes de la regla hacen referencia de los *pueri* y los *infants*. Estos niños estaban destinados a ser monjes. Consagrados al servicio de Dios desde su infancia por voluntad de sus padres.

Poco se sabe acerca del funcionamiento primitivo de las escuelas monásticas benedictinas. San Benito no hace distinción entre los niños (infantes) y los jóvenes *pueri* pues los considera como tales hasta la edad de 15 años. En otros casos, se les llama niños hasta la edad de siete años, jóvenes de siete a catorce y adolescentes de 14

a 28 años. No sorprende encontrar reglamentos determinados para niños de cinco, de cuatro y hasta de tres años.

El abad debe escoger los maestros con el mayor cuidado, entre los monjes que conocen la disciplina. Al maestro se le recomienda que use con discreción los castigos. Estan también indicados los alimentos que se les deben dar, así como los vestidos y lo necesario para su asco. Un paseo semanal al campo para que jueguen, forma parte del reglamento.

La formación intelectual que se daba a los niños, los ponía forzosamente en contacto con la literatura antigua, que conocían también por la copia de manuscritos. Si bien la ciencia se cultivaba sobre todo en vista de la formación ascética y de la vocación eclesiástica, sería un error suponer que en esta época no se encontraron hombres enamorados de la belleza y de la verdad, ávidos de saber, preocupados en desarrollar los dones que Dios les había dado, como un homenaje a su Creador, al mismo tiempo que como una ayuda a sus semejantes.

La cultura literaria se manifestó en 3 aspectos: la conservación y la multiplicación de los manuscritos, la enseñanza y la producción literaria.

Cuando la Iglesia se puso en contacto con los bárbaros, la cultura antigua había desaparecido aún en Roma y sólo quedaban restos salvados por ella.

CAPITULO XVI

Las letras y las artes en Irlanda.

Las agitaciones públicas que sacudieron a Galia y a Italia en los siglos VI y VII, pusieron fin a la cultura intelectual y volvieron a sumir a estos pueblos en la noche de la barbarie. Sólo una nación conservó vivo el amor a las letras y a las artes, y esta nación fué Irlanda, pequeña y aislada nación celta, que debía desempeñar un papel muy importante en la historia.

Ella conservó y desarrolló el arte propiamente europeo y fué, más tarde, el refugio de la cultura latino eclesiástica.

Irlanda durante los siglos VI y VII fué el refugio providencial de la Iglesia. Los monjes irlandeses acudían con frecuencia en peregrinación a Roma y volvían cargados de manuscritos y textos de los Santos Padres, pues en aquella época, solamente ellos, en el retiro de su isla, podían dedicarse a estudiarlos.

Abriremos un paréntesis para hablar del arte irlandés:

Irlanda fué convertida al cristianismo por San Patricio, que vivió en el siglo V, nació en una aldea de Inglaterra.

Las leyendas acerca de la conversión de Irlanda por San Patricio, están llenas de encantadores episodios, y el santo, conocedor de las costumbres de este pueblo por haber vivido entre ellos en su juventud, se valió de todos los medios que pudieran impresionar su espíritu romántico y sincero. La religión de los irlandeses era la druidica y el santo iba siempre vestido de blanco como los druidas, llamaba a la oración con una campana que le había dado el Papa y recorría los campos en un carro tirado por blancos ciervos; los celtas quedaban sugestionados por aquel sonido de la campana, nuevo para ellos.

La vida monástica se desarrolló en Irlanda, donde aún se ven las ruinas de los conventos. Los monjes fueron benedictinos que estaban continuamente en relaciones con Italia donde se encontraba la abadía de Montecassino.

Quando la casa madre sufría los saqueos de los bárbaros, los monjes irlandeses recogían la herencia clásica de la antigüedad. Cultivaban el griego y el latín y comentaban los libros de los Padres y

de los escritores profanos. El arte irlandés, según Pijoan, es una prolongación del arte de la Tene (región cerca del lago de Neufchatel) pero como los celtas habían estado en contacto con Roma y Grecia, su arte sufrió una modificación. Al convertirse los celtas al cristianismo, conservaron sus gustos antiguos. Los conventos irlandeses estaban dentro de una empalizada hecha de grandes piedras como los cromlechs. Se caracterizaban por una torre cilíndrica aislada, que quizá sería utilizada como lugar de refugio, pues sus pequeñas ventanas hacen pensar que no podía servir de campanario. Cerca de estas torres se encontraba una cruz alta y estas cruces se encuentran también en Inglaterra y Escocia. Los santos irlandeses fundaron colonias en el continente, pero Inglaterra fué el primer lugar donde llevaron la civilización cristiana; el convento de Lindasfarne era el centro principal de su esfuerzo. La ciencia y los conocimientos bíblicos se habían refugiado en Irlanda y la acción de sus monjes se extendió a toda Europa en la época de Carlomagno. Un gran hecho histórico domina todo este primer período de la Edad Media, este es el de los misioneros irlandeses. Estos monjes viajeros, que desde fines del siglo VI, pero sobre todo durante todo el VII y una parte de VIII, se extienden sobre el continente, predicán, evangelizan, fundan monasterios, despertando allí el ardor religioso en vía de extinguirse, persiguen la idolatría y hacen sentir su influencia en la ornamentación de los libros sagrados que era uno de sus medios de propaganda.

Del arte irlandés se conservan notables objetos de orfebrería, como las fibulas, el famoso cáliz de Ardagh, que por su forma, parece ser del siglo IX y que se caracteriza por las dos asas de la liturgia primitiva. Otra obra maestra hecha a fines del siglo XI, es el estuche de plata dorada, relicario de la histórica campana de San Patricio, que todavía se conserva en su interior. En su cara posterior tiene una decoración de cruces. Además de las famosas obras de orfebrería, los monjes benedictinos irlandeses, sentían grande amor por los libros y aplicaron su actividad a la iluminación de nuevas copias y a decorar los textos. En estas decoraciones, se nota la influencia de las formas célticas con reminiscencias del arte primitivo, como los entrelazados.

El más antiguo códice miniado celta es conocido con el nombre de libro de Durrow, abadía de los monjes de San Columbano. El libro de Lindasfarne que se conserva en Dublín, en los años de 698 a 721. Poseedores los irlandeses del sistema más complicado y más abstracto, deslizaron más de un elemento en el arte continental. Se pueden seguir las huellas de su influencia, no solamente en Alemania donde se prolongó especialmnte, sino por infiltración lenta hasta en los países del sur de Francia, en España y en Italia, donde el convento de Bobbio, fundado por San Columbano, que murió en él en 615, se convirtió en uno de sus principales centros, llegando a tener influencia aún sobre Montecassino.

El Renacimiento carolingio, desde cierto punto de vista, marca el apoteosis de las formas irlandesas que consagra al adaptarlas.

Sin embargo, sería un error pensar que su influencia fué absoluta, pues si bien es cierto que los alumnos seguían fielmente las lecciones de sus maestros, estos recibieron influencias del arte bárbaro de las razas germánicas con las que estuvieron en contacto.

Las escuelas continentales tienen algunos caracteres muy distintos que las diferencian de las de Irlanda e Inglaterra, como el empleo persistente de las formas animales para adornar o rematar sus letras.

Los benedictinos formaron un alfabeto provisto de nombres apropiados (ichthyomórficos ornithooides). No se trata solamente de un pico de pájaro, o de una cabeza de monstruo como terminación de una letra, forma que se encuentra desde el principio y que los irlandeses desarrollaron con predilección.

Es un animal entero, pájaro o pez con mayor frecuencia, pero también cuadrúpedo o serpiente, cuyo cuerpo solo, o unido a otros, dibuja los contornos de la letra y sigue su forma. Aunque a primera vista este sistema parece de importación oriental, no es así, pues se encuentra frecuentemente en los manuscritos griegos posteriores a la querrela de los Iconoclastas. Enteramente esquemático al principio, apenas se distingue de los entrelazados, de los círculos o segmentos que la encierran y cuyo trazado al compás permanece visible con mucha frecuencia.



CAPITULO XVII

Cultura literaria de los monjes benedictinos.

Volvamos a la cultura literaria de los monjes benedictinos.

Cuando los misioneros romanos desembarcaron en Inglaterra, llevaban con ellos lo que quedaba de la cultura romana. Teodoro de Tarso y Adrián crearon la enseñanza en su patria de adopción. Irlanda conservaba la supremacía del saber, pero los irlandeses asistían a las cátedras de estos maestros en tanto que eran muy pocos los jóvenes ingleses que iban a Irlanda.

Aldhelm, descendiente de la antigua raza sajona, a pesar de su orgullo nacional, asistió a la escuela del monje bretón Maidulph en la selva donde se elevaría la abadía de Malmesbury. Devorado por el ansia del saber, también quiere arrebatar a los irlandeses el monopolio de las ciencias y se vanagloria de haber sido el primer hombre de raza germánica que cultivó el latín. Su estilo es afectado y pedante pero hay que inclinarse con admiración ante este hombre que sueña con iniciar a su pueblo en la alta cultura intelectual de Roma. La influencia de Aldhelm convirtió la abadía de Malmesbury en un centro de vida intelectual.

San Wilfrido de York formado en Lindisfarne compartía su entusiasmo para los estudios, y las puertas de los monasterios fundados por él se abrían ampliamente para los jóvenes nobles que recibían allí su educación. El mismo entusiasmo anima a Benito Biscop, el infatigable peregrino de Roma, que en cada uno de los viajes trae libros y tesoros de arte. Lo mismo diremos de Ceolfred, alumno de san Wilfrido en Ripon, abad de Wearmouth y de Yarrow, el maestro de Beda el Venerable. Beda marca el apogeo de la cultura intelectual en Inglaterra; es el sabio enciclopedista, el maestro venerable que atrae una multitud de discípulos.

Sus escritos, tan numerosos como bien cuidados, tienen un encanto particular. Beda se sobrevive en Alcuino, y es por medio de él, que el continente se pone en contacto con la ciencia de Inglaterra.

Cuando Carlomagno, el gran promotor de la cultura medioeval, tomó en sus manos el gobierno del reino de los Francos, la Iglesia

de este país había sido reorganizada por San Bonifacio, pero la restauración intelectual estaba aun por hacerse.

El empeño del Papa que necesitaba un campeón de alma sencilla para defender a la Iglesia de los ataques de los demás pueblos bárbaros, hizo del joven rey de los francos la figura principal de Occidente. No encontrando colaboradores capacitados ni en Galia, donde casi ha desaparecido el saber, ni en Germania donde todo está por crearse, Carlomagno hace un llamado al extranjero y reúne a su alrededor a misioneros irlandeses como Dungal, que tenían un ardiente amor a la ciencia, letrados lombardos como Pedro de Pisa, al visigodo Teodulfo.

Pero el más conocido de los ministros de Carlomagno, su amigo predilecto, el inspirador de muchas de sus reformas, es Alcuino de York, quien los sobrepasa a todos por su talento. Alcuino es escritor, pero ante todo es pedagogo. Formado en la escuela de York, reconoce lo que la ciencia sagrada debe a Irlanda. Como Beda en Inglaterra, como Isidoro en España, su mayor ambición es salvar la herencia intelectual del pasado y transmitirla íntegramente a sus sucesores. La influencia de Alcuino fué preponderante, ya sea considerándolo como escritor, o como pedagogo, pues quiso formar cristianos instruidos, hombres de carácter y de saber.

La Idea de Carlomagno era que la escuela de Palacio debía ser el centro del movimiento literario, por su medio quería penetrar, no sólo en el mundo laico, sino también en el eclesiástico y monástico. Quería hacer de ella el foco de la cultura que irradiara a todo el Imperio. La escuela de Palacio, debía ser la escuela Normal de los maestros que tomaron la dirección de los estudios en otros lugares del Imperio. Tours, Saint Gall, Reichenau, recibieron de ella su impulso. Tours, a su vez, ejercerá su acción sobre Ferrières, sobre Fulda. Y esta última se convertirá más tarde en un centro poderoso de irradiación.

Carlomagno en los "Capitularies" de 787-789, pide la erección de Escuelas en las Iglesias catedrales. Es cierto que Carlomagno dispuso a su antojo de los monasterios reales, y no se preocupó porque algunos de ellos estuvieran en manos de laicos que dejaron relajar la disciplina. Esto se debe a que no tenía acerca del monasticismo la idea más amplia de los anglo-sajones y los germanos, cuyas Iglesias fueron creadas por los monjes misioneros. Sin embargo tiene perfecta conciencia de la importancia de los monasterios y de su papel religioso, sobre todo por el buen ejemplo que deben dar en la Iglesia. El concilio de Maguncia, en 813, ordenaba a los padres que enviaran a sus hijos a la escuela del sacerdote parroquial o a los monasterios y esta decisión adquirió mayor fuerza por la voluntad del emperador.

La escuela artística más influyente en el tiempo de Carlomagno fué la de la Iglesia Celta de los monjes Irlandeses, en Germania los grandes centros de la actividad y de la ciencia Carolingia fueron los conventos fundados o reformados por ellos. Los más famosos

eran: el de Fulda donde estaba el sepulcro de San Bonifacio, y el de San Gall en Suiza, de cuyos edificios no quedan sino sus restos.

Del convento de San Gall, hay un plano que probablemente sea el mismo que Eginardo mandó a su primer abad. Está reproducido en el tomo II páginas 190-191 de la Historia del Arte de Pijoan quien lo describe así: "Este plano de la época es de un valor extraordinario, porque no sólo muestra la distribución del convento, con sus dependencias y su situación relativa, sino que además enseña rebatido el aspecto de ciertas partes como los arcos del claustro que se ven de medio punto y con un arco mayor en el centro de cada una de las alas. Alrededor del claustro están todos los servicios: en un lado la gran Iglesia, con dos ábsides y dos torres, que es el elemento principal del cenobio. En uno de los ábsides estaba el coro de los monjes y en el otro el altar con la CONFESION, o cripta para las reliquias. Los lagares y la bodega, la cocina y el refectorio ocupan las otras tres alas del claustro, y en la planta se ha indicado también el sitio de los hogares para la calefacción, con una abertura en el centro que se supone indica el agujero practicado en el techo, para que el humo pudiera salir al exterior. El cementerio está detrás de la Iglesia con las granjas. Estos cenobios de los monjes benedictinos, eran también, en un modo principal, grandes explotaciones agrícolas y por esto es interesante observar el gran espacio que ocupan en el plano de San Gall, los cuadros destinados a huertas para el cultivo de legumbres, los molinos y aljibe, los corrales y granjas. El plano va anotado con indicaciones del servicio de cada una de las dependencias, y es tan completo que con sólo él podía reedificarse, el convento Carolingio".

El período carolingio es también el de los libros preciosos. Las placas de marfil se empleaban sobre todo para decorar las encuadernaciones, y por estas placas nos podemos dar cuenta de la arquitectura de aquella época. Entre estas se encuentran una tapa de Evangelionario de la que se tienen referencias en las crónicas del monasterio de San Gall en Suiza.

Los monjes colaboradores de Carlomagno se preocuparon constantemente por los textos antiguos y el mismo Alcuino quedó encargado de restablecer la versión original de la Vulgata de San Jerónimo.

Durante la época carolingia los emperadores y sus allegados se hacían representar en la primera página de los libros que tenían para uso personal, y que eran generalmente Biblias magníficamente ilustradas. A veces las portadas de los libros representaban escenas reales como aquella en que los monjes de la abadía de Marmoutier presentan a Carlos el Calvo la obra que han decorado para él.

Con Benito de Aniane es un nuevo espíritu el que se introduce en el monasticismo franco y germano pues toma la regla benedictina al pie de la letra. El benedictino para él, es el monje que vive separado por completo del mundo, consagrado únicamente a la oración

y al trabajo. Conserva la escuela interior para los oblatos, pero parece condenar la escuela exterior en la que se reciben seglares.

Sin embargo acepta en su monasterio a monjes y clérigos que vienen de diversos lugares para formarlos en las ciencias sagradas. Esta educación de los clérigos en los monasterios para prepararlos a la administración de las parroquias dependientes de ellos, adquirió gran extensión durante la Edad Media.

En esta época el trabajo de los campos no era posible, por las aglomeraciones que se formaban al derredor de los monasterios; tenemos como ejemplo a Corbie en Picardía, que abarcaba un espacio considerable pues dentro de su recinto se encontraban tres basílicas, cuatro oratorios, un monasterio destinado a albergar de tres a cuatrocientos monjes y ciento cincuenta laicos, que ejercían diferentes oficios. Comprendía también una hostelería dividida en varios alojamientos, destinados unos a los obispos, a los señores y a los religiosos, otros a los clérigos y a los pobres con un oratorio separado para cada categoría de personas. Más allá los departamentos de los vasallos o gentes de armas que estaban al servicio de la abadía, habitaciones y talleres de cuarenta obreros: zapateros, herreros, ebanistas, fundidores, albañiles, carpinteros, etc.

Como ya no correspondía a los monjes elevados a la dignidad sacerdotal dedicar toda su actividad a los oficios, y como era necesario cumplir con el precepto del trabajo que tenía determinado el tiempo en la Regla, surgió un conflicto. Para solucionarlo San Benito de Aniane, aunque era partidario del trabajo manual, hizo del oficio divino, no la ocupación más importante como lo quería San Benito, sino casi la única ocupación de los monjes. Esto provocó quejas pues durante algún tiempo se abandonaron los estudios.



CAPITULO XVIII

Inglaterra.

La historia Literaria y Cultural del monasticismo inglés, comprende el período de la cultura anglosajona, desde la conquista hasta la muerte de Stephen, durante el cual los monasterios ingleses absorbieron y desarrollaron las enseñanzas monásticas normandas; y el período desde que subió al trono Enrique II, durante el cual aun cuando siguieron practicando sus estudios, se fueron convirtiendo gradualmente en centros de investigación histórica y literaria, abandonando a las incipientes universidades, la dirección de los estudios de teología filosofía y leyes.

El gran trío de Dunstan, Ethelwold y Oswald se dedicó más a la organización y a la administración que a la producción literaria. Sin embargo la primera generación de discípulos suyos fué de hombres de ciencia al mismo tiempo que eran buenos escritores. Entre los años 970 y 1020 hubo un gran florecimiento de la prosa nativa y durante ese tiempo el idioma inglés adquirió la dignidad y belleza con la que no pudieron rivalizar ninguno de los idiomas nativos de Europa hasta la época de San Francisco de Asís.

Los tres grandes nombres de la literatura: Aelfric, Wulfstan y Byrhtferth son los de los monjes del resurgimiento. El más famoso fué Aelfric, monje de Old Minster y discípulo de Ethelwold. Como teólogo tiene poco poder especulativo y constructivo, pues su trabajo consiste en traducir los pasajes más importantes de los padres latinos y de los historiadores de la Iglesia. Como moralista práctico tiene más importancia, pues su insistencia en el celibato de los clérigos lo coloca muy por encima de todos los escritores de la época. Su labor más significativa es como educador y sobre todo, como maestro de su idioma natal. Con justicia ha sido llamado "el gran pro-sista inglés" y el escritor más distinguido de su tiempo.

Wulfstan, su contemporáneo, probablemente monje de Eby, fué más tarde obispo de Worcester y arzobispo de York, es conocido únicamente por sus homilias y particularmente por la que describe la situación de Inglaterra cuando las invasiones de los daneses.

La cultura que se desarrolló en Inglaterra con el monasticismo normando, en sus bases esenciales, era parecida a la que suplantó.

Esta cultura no trajo innovaciones para el pensamiento, la ciencia o el lenguaje. En cierto sentido volvía a los tiempos anteriores a Aelfric y a Wulfstan de York, porque ni su lenguaje ni su forma eran nacionales. Además la cultura angloamericana no tenía un propósito de expansión. Se dirigía casi por completo a los habitantes de las casas monásticas y su finalidad no era educacional.

Los monjes anglonormandos tenían la conciencia de pertenecer a una categoría diferente del resto de la sociedad, cosa desconocida entre sus predecesores. El estado monástico para Dunstan y su escuela, era el más elevado de la sociedad y tenía la misión de ilustrarla y purificarla. El monasticismo normando y anglonormando era algo así como un estado completamente apartado del mundo, con el deber de la oración en favor de los demás, pero con el objeto directo de transmitir sus conocimientos y sus adquisiciones. A pesar de considerar al monasticismo anglonormando como un poder social que tenía menos fuerza que su predecesor, se observa que su influencia fué más poderosa y duradera. El florecimiento de esta Cultura comenzó aproximadamente cuando Lanfranc llegó a Bec y terminó con la muerte de Ordericus Vitalis y de Guillermo de Malmesbury en 1145.

Bec había estado siempre aparte de los demás monasterios, su fama como escuela se debió a Lanfranc. El gran talento de este monje consistió en emplear siempre sus dotes intelectuales para un fin práctico. Enseñó en Bec durante algún tiempo y dedicó toda su actividad al estudio de las Sagradas Escrituras y de la Teología, para transmitir la instrucción relacionada con ellas. En ese tiempo y hasta la época de Abelardo un sólo maestro formaba escuela y no está demostrado que Lanfranc tuviera como colaboradores a los monjes en su obra que consistió en hacer de Bec, durante algún tiempo, la escuela de más fama del Norte de Europa.

Anselmo, extranjero como Lanfranc, había sido su discípulo antes de ser monje y encaminó sus estudios hacia la Dialéctica y la Teología y su enseñanza se dirige a los niños, monjes jóvenes y visitantes de Bec, así como a todos los que solicitaban sus consejos.

Desde el año de 150 el nuevo sistema de educación se desarrolla y cristaliza en las escuelas catedrales de Francia y el conocimiento especializado en la carrera de un maestro da la posibilidad de que cada monasterio forme escuela.

La celebridad de Bec durante más de una generación no representa la culminación del sistema educacional monástico.

Mientras tanto en el continente las escuelas, Universidades y talleres laicos, retenían y dirigían las actividades artísticas y literarias hasta entonces todas habían estado en manos de los monjes.

La nueva enseñanza dialéctica tardó mucho en abrirse camino dentro de Inglaterra y aún hasta el reino de Juan, cuando se estableció firmemente la universidad de Oxford, algunos monasterios como el de Saint Alban conservaron su reputación nacional en ciertas ramas de la ciencia y del arte. El reino de Stephan señala con gran precisión el fin del período en el que se mantuvo la solidari-

dad de la cultura normanda y anglonormanda como única dueña del terreno.

Esta cultura encontró sus panegiristas más entusiastas en Guillermo de Malmesbury y en Ordericus Vitalis cuyas narraciones están corroboradas por numerosos pasajes de las crónicas.

De las siete ramas tradicionales del antiguo *Curriculum* la dialéctica, tercer miembro del *trivium* ocupaba poco lugar en los monasterios comparada con el que comenzaba a adquirir en las escuelas y en las universidades y del *Quadrivium* sólo se enseñaba la música.

En Inglaterra el trato de los monjes estaba limitado a unos monjes con otros pues eran los únicos que poseían la ciencia en aquel tiempo y para sus estudios estaba limitado a los libros de su propio claustro y éstos cuando menos en el siglo XII, eran poquísimos comparados con los de los tiempos actuales.

Guillermo de Malmesbury es la figura de mayor significación entre los hombres de saber de su tiempo; es el primer historiador monástico inglés después de Beda. Es el único historiador de su generación que puede ser leído con interés y esta circunstancia, unida al gran amor a la verdad que profesaba, hace que se le considere como una autoridad. La investigación acerca de sus obras ha demostrado que si es reservado en sus juicios acerca de los hechos del lejano pasado en cambio da su opinión clara y concisa acerca de los acontecimientos de su generación y de los que la precedieron inmediatamente, por lo que sus obras tienen gran valor histórico.

La crónica Anglosajona había comenzado como una recopilación nacional, no como trabajo de los monjes, sólo encontró cabida en los monasterios cuando el renacimiento de la época de Dunstan.

Los monasterios de mujeres:

Comparados con los de los hombres tienen poca importancia en la vida religiosa de Inglaterra en la época de la Conquista y durante el período de reorganización. Los siglos XI y XII pasaron sin que surgiera una religiosa que alcanzara celebridad.

En 1066 sólo había nueve monasterios de mujeres completamente organizados. Además en algunas de las principales abadías había grupos de religiosas que atendían a los peregrinos enfermos en la hospedería.

Los conventos de religiosas aún más que los monasterios de hombres, estaban en esa época, dedicados casi exclusivamente a la clase superior. Algunos de ellos habían sido dotados y fundados por damas de las casas reales, y durante la segunda mitad del siglo X se hace referencia a más de una princesa de sangre real que toma el velo. La tradición continuó en el siglo siguiente. En Wilton (casa fundada por Santa Edith, hija del rey Edgard) durante algún tiempo se retiró la reina Edith, hija de Godwin y del Confeſor, después de la conquista de 1072. Gunhild, hija de Harold, también se retiró a ese convento pero no perseveró. En Romsey

Cristina, hermana de Atheling tomó el velo en 1085 y en 1093 su hermana Margarita de Escocia, le confió a sus dos hijas. Edith más tarde esposa de Enrique I y María.

En los principios del siglo XIII la abadesa era hija del conde de Gloucester.

Shaftesbury contaba con personajes más ilustres pues la abadesa Cecilia, otra hija del conde de Gloucester, tuvo como sucesora a una media hermana de Enrique II, la poetisa María de Francia.

Después de la victoria del Conquistador en 1066 muchas mujeres inglesas sin duda las viudas de los partidarios de Harold, se refugiaron en los monasterios por miedo a los normandos y 10 años más tarde Lanfranc fué convocado para determinar la naturaleza de las obligaciones que habían contraído.

Los grandes monasterios de mujeres al principio del período normando eran el refugio de la cultura.

Es probable que sirvieron de lugares de educación para las hijas de los nobles, en mayor escala que los de hombres, aunque no las podemos llamar escuelas.

Algunas de las reclusas llegaron a adquirir un gran conocimiento en las letras. Guillermo de Malmesbury lo atestiguaba en el caso de Romsey y Wilton y sus palabras están confirmadas en otras fuentes. Wilton es la casa de la poetisa Muriel y Shaftesbury tuvo más tarde a María de Francia. Además Amesbury, Shaftesbury, Wilton y Winchester contribuyeron con copias de versos hexámetros para los "rouleaux des morts" que circulaban en ese tiempo. Eran éstos unos documentos que servían para participar la muerte de algún monje a los demás monasterios y para pedir oraciones por su alma. Se escribían con mucho cuidado al mismo tiempo que se iluminaban; después de recibir la aprobación del Capítulo se entregaba al *almoner* que lo enviaba con un mensajero especial llamado *breviator*. Con mucha frecuencia se escribía en el *roll* el nombre del monasterio que lo recibía y se copiaban en él algunos versos latinos en alabanza del difunto, o mostrando su simpatía a los monjes por la pérdida que habían sufrido, hecho esto se devolvía al *breviator* que lo había traído.

La vocación de las vírgenes destinadas a ser las esposas de Cristo, tuvo más facilidad de expresión en la literatura espiritual que cuando se trataba de los monjes. La dirección espiritual de los monjes estaba confiada a los obispos y abades, así Lanfranc fué escogido para dirigir a Margarita de Escocia y él envió dos monjes de Christ Church para corresponder a su llamado. La mente de Anselmo más receptiva ofrecía ventajas para que fuera director de mujeres; todavía se conservan varias de sus cartas dirigidas a las abadesas; de éstas se consideran como las más interesantes de toda su correspondencia. Eulalia de Shaftesbury y Alicia de Wilton fueron dirigidas por él. La más hermosa de todas sus cartas es aquella en la que reprende a una monja que había cometido cierta falta para que vuelva sobre sus pasos "Une lettre inédite de Saint Anselme, à une moniale inconstante".

CAPITULO XIX

El scriptorium.

A través de los primeros siglos de la Edad Media la copia de manuscritos era la principal ocupación de los monjes negros o por decir mejor el único trabajo regular que llevaban a cabo y que todos ejecutaban mientras no les asignaban otras ocupaciones.

Los niños en el claustro y más tarde los novicios eran iniciados en los detalles técnicos de la preparación de la tinta y del pergamino y se les enseñaba para que imitaran fielmente la forma particular de escritura que se usaba en aquella época, el entrenamiento consistía en una tarea de copia. En las épocas de florecimiento de Dunstan fué cada vez mayor el número de monjes que se dedicaban a la copia de manuscritos. Al crecer las comunidades los trabajos de administración del monasterio ocuparon a muchos monjes y entonces la tarea de la copia de libros recayó sobre los jóvenes. Pero el trabajo de copia era una de las secciones del scriptorium pues a él estaba también encomendada la copia y la iluminación de las letras iniciales en oro y en colores, y, sobre todo la iluminación de dibujos y miniaturas; esta ocupación correspondía a los que tenían dotes especiales para la composición y transcripción de la obra original.

Al frente de este trabajo estaba el *praecano*, porque los libros a los que se prestaba mayor atención eran los que se usaban en el altar y en el coro, y su obligación consistía en repartir el trabajo y proporcionar todo lo necesario para realizarlo. Además eran muy importantes los libros de texto para la instrucción de los niños; después de la conquista todas las transacciones se hacían por escrito y las cartas oficiales eran cuidadosamente escritas y copiadas, lo que significó un considerable aumento de trabajo.

En la época de Lanfranc las Biblias y los textos de las leyes canónicas se extendieron rápidamente y más tarde hubo gran actividad para la producción de Biblias grandes y suntuosamente iluminadas. Los investigadores han podido descubrir que a menudo los libros provenían de una misma escuela de iluminación. Cuando había gran demanda de libros era necesario que los monjes fueran ayudados en sus trabajos por escribas de paga: Pedro de Saint

Alban se vió obligado a emplearlos para hacer una colección de libros destinada a una comunidad de monjes ingleses.

El aprendizaje de la escritura exigía que el aprendiz se conformara exactamente al estilo de escritura usada en esa época; a tal grado se excluía toda personalidad que en el siglo XII, período en que la cultura de Europa occidental fué más homogénea, desaparecieron casi por completo las huellas de la influencia nacional que diferenciaban a Francia de Inglaterra.

En la época de Dunstan la carolingia minúscula fué importada a los monasterios de Inglaterra y desplazó a la escritura inglesa puntiaguda. La última se conservó para el lenguaje natal hasta la Conquista, aunque se volvió más cuadrada por la influencia de la escritura extranjera que se usaba en los libros litúrgicos.

Con la conquista predominó la minúscula continental; durante los primeros años hubo una variedad de ésta que quizá era originaria de Lombardía y fué introducida en el Norte por Lanfranc, se llamó prickly (espinas, puntas agudas) por las puntas alargadas de las letras, se encuentra con frecuencia con una sombra especial en la decoración.

Con el tiempo desaparecieron todas estas peculiaridades y el estilo típico del siglo XII evolucionó en Francia y en Inglaterra.

El producto de la "scriptoria" de los monjes negros es la forma más exacta y primorosa que se ha conocido, como propia para todos los usos. Los escribas produjeron en todo el noroeste de Europa un trabajo de una regularidad casi increíble, al mismo tiempo que empleaban poco las contracciones por lo que la escritura es completamente legible.

Los *charters* y cartularios de esa época están tan claramente escritos, como los libros de coro de Malmesbury. En Inglaterra sobre todo el estilo llegó a una perfección tal como nunca pudo ser igualada en otros países y el trabajo de los grandes "scriptoria" monásticos ha proporcionado los modelos que aún subsisten.

La uniformidad desapareció durante el siglo XII y comenzó a aparecer una escritura más pequeña con cierta tendencia a la gótica. En el siglo XIII cada escuela tenía sus peculiaridades y fué posible atribuir un libro ya sea a Canterbury o a Saint Alban ateniéndose únicamente a la caligrafía. La producción de libros comprendía también su encuadernación. Al principio sólo se encuadernaban los de la Iglesia, de los cuales los más valiosos estaban enriquecidos con metales y piedras preciosas. Después el encuadernado con pergamino grueso o con pastas cubiertas de piel se hizo general en todos los libros.

Antes de la conquista el trabajo se hacía en la habitación donde había fuego y es difícil que esta costumbre se abandonara antes de que los claustros tuvieran vidrios. Más tarde cuando ya había vidrios se hacía en el corredor norte del claustro que era el menos frío; la mención de vidrieras es en el siglo XIII pero es casi seguro que las hubo desde el XII.

CAPITULO XX

Las bibliotecas monásticas y su contenido.

Durante las primeras décadas después de la misión de San Agustín y más tarde en los días de Teodoro, Adrián y Benito Biscop, llevaron a Inglaterra toda clase de libros y entre ellos algunos códices griegos, mientras los escribas tanto en Kent como en Northumbria enriquecían los tesoros de los monasterios: muchos de éstos se perdieron en las invasiones; sólo Glastonbury y los dos monasterios del Canterbury pudieron conservar la mayor parte de sus bibliotecas.

Durante los primeros años del resurgimiento de la vida monástica volvieron a entrar libros a Inglaterra y esta vez de los monasterios del centro de Francia y nuevamente los monjes ingleses hicieron copias de los libros recién importados y de las composiciones originales de Aelfric y Byrhtferth, homilias y crónicas. Pero antes de la conquista no había ninguna biblioteca bien organizada: Europa occidental todavía no se convertía en una sola provincia en donde las ideas y los libros circularon libremente.

El verdadero impulso para la formación de bibliotecas vino de los primeros abades normandos que además de hacer que se copiaran libros los importaban y con frecuencia hacían ellos mismos donaciones de las colecciones personales de sus cosas.

En Saint Alban el Abad Pablo regaló 28 buenos volúmenes; en Evesham y en Abingdon de los que dice la crónica "Libros multas fecit" en Malmesbury y el Abad Gofrey fundó una notable biblioteca de la que se hizo cargo Guillermo de Malmesbury.

Entre 1150 y 1200 los monasterios más importantes poseían bibliotecas notables y los grandes trabajos de investigación de los últimos años han proporcionado los elementos necesarios para reconstruir los catálogos total o parcialmente.

En el Museo Británico y en las bibliotecas de Oxford y Cambridge existen libros de Saint Alban, Norvish Bury y de Canterbury.

Los contenidos de las bibliotecas se conocen por los catálogos. En todos los del siglo XII figuran, además de los libros litúrgicos

y de los de texto de gramática, retórica, música, historia y medicina; los escritos de los Padres Latinos, Gregorio, Agustín y Jerónimo con algunos de los griegos traducidos al Latín; además de éstos los clásicos poetas y prosistas de Roma, Horacio, Virgilio y Ovidio son universales y a veces hay varias copias de ellos; los demás escritores de Roma de la época republicana y de Augusto Lucano Persuis y Séneca se encuentran frecuentemente.



CAPITULO XXI

La iluminación de manuscritos y la arquitectura románica en Inglaterra.

La iluminación fué el arte por excelencia de Inglaterra y antes de 1220 toda fué producida en los claustros.

Además de la exquisitez con que están pintadas y decorados los manuscritos tienen gran importancia en la historia de la cultura porque la iluminación era el único arte practicado donde existía la más alta civilización del occidente de Europa, y por este medio fueron transmitidos los diferentes estilos y motivos de la pintura oriental y occidental, de la cultura y de la iconografía.

En esta época los artistas viajaban poco y las únicas obras portátiles eran los manuscritos iluminados, que atravesando mares y fronteras llevaban su influencia a los artistas de tierras lejanas.

Por esto la iluminación ha sido llamada con toda razón "el arte básico" de la alta Edad Media. Los monjes sajones como ya se dijo recibieron su inspiración de las escuelas célticas y su obra maestra fueron los Evangelios de Lindisfarne.

La iluminación floreció al Sur de Inglaterra cuando el Norte había sido invadido por los daneses, y en 800 alcanzó su más alto grado de perfección en Canterbury cuyo estilo era una mezcla de elementos insulares y continentales.

Después este arte desapareció y sólo resurgió en la época de Dunstan, y recibió su mayor impulso con Ethelwold en sus dos casas de Winchester. Trajo manuscritos de Corbie y de Fleury y las iluminaciones llegaron de Reims porque en los primeros trabajos ingleses se nota esta influencia. El más célebre es el "charter" del rey Edgar de New Minster en 966. New Minster produjo la obra más exquisita que aún existe el "Misal de San Ethelwold". El trabajo continuó en Winchester y de ese lugar tenemos el Salterio atribuido al mismo Ethelwold y el Misal del Arzobispo Roberto que se conserva ahora en Rouen.

Además de este trabajo hubo otro que se extendió rápidamente y que consistía en delinear dibujos que se parecen algo a los tra-

bajos a la pluma actuales, el origen de este trabajo se encuentra en el Salterio de Utrecht.

Después de la Conquista renació este arte pero con algunas modificaciones; ya no tienen los trabajos la ligereza del estilo anglosajón, sus líneas son más apoyadas y se emplean los colores primarios en vez de la sutil mezcla de tonos. Se usan entonces las letras iniciales que llenan casi toda la página.

Pero pronto vuelven a su gusto nativo y a las mezclas de colores de los primitivos tiempos.

Uno de los mejores ejemplares es la Biblia de Bury.

Este período de iluminación llega a su más alto nivel entre 1140 y 1180.

Los monjes se distinguieron en otros artes y oficios.

En la música, por medio del canto litúrgico, se adiestran todos los muchachos del monasterio pues todos deben tomar parte decorosamente en los cantos del coro y en las horas, y todos los monasterios cultivan la música gregoriana conservando su pureza y creando nuevas producciones.

Dunstan además de su habilidad como músico, e iluminador sabe trabajar admirablemente bien los metales, se le atribuyen muchos objetos hechos por sus manos, dos campanas, un órgano, un precioso retablo de oro y plata y otros objetos por el estilo.

Con la conquista vino un cambio, pues entre los nuevos monjes normandos no había tradición de habilidad en las artes manuales y en varias ocasiones se perdieron los tesoros que ya existían, ya sea por las invasiones de los daneses, ya por la rapacidad de los oficiales normandos que se apoderaban de ellos por el valor de sus piedras o metales preciosos. Cuarenta años más tarde se encuentran difícilmente trabajadores de metales para decorar las iglesias. Y al final del siglo XII el trabajo de los metales preciosos, joyería y tallado, pasó a manos de trabajadores laicos y de todos los monasterios sólo Saint Alban alberga estos artistas.

La arquitectura románica en Inglaterra:

Se conservan algunas partes de la primera iglesia de piedra que hubo en Inglaterra a fines del siglo VII; es la de Monkwearmouth. A principios del siglo se comenzó a sentir en Inglaterra gran admiración por el arte francés de Normandía, el último rey sajón, Eduardo el Confesor llamó arquitectos de Francia para construir Westminster. Esta es la razón por la que se llama este estilo anglonormando. Cuando la invasión llegaron arquitectos que aceptaron algunas formas de la arquitectura que existía en el país a su llegada.

La capilla de la Torre de Londres del tiempo del Conquistador, tiene tres naves con bóvedas de cañón, y las columnas muy toscas de capiteles bajos. Las naves de las iglesias tienen gran longitud y los ábsides son a veces cuadrados, en los que resalta una media caña de columna destinada a sostener un arco total de una cubierta de


bóveda por arista sistema empleado en Normandía. Las iglesias inglesas estaban primitivamente cubiertas de madera. Otro detalle importante de este estilo es que los pilares cuadrados alternan con columnas cilíndricas de ornamentación geométrica y estrias helizoídales. Con frecuencia las naves laterales tienen dos pisos con tribunas altas cubiertas con bóveda por arista aunque la nave central continúa con la tradicional cubierta de madera.

El primer monumento anglonormando fué la abadía de Westminster contruida antes de la invasión por Guillermo de Malmesbury y Mateo de Paris.

Los normandos reconstruyeron la catedral primada de Canterbury, de la cual quedan de la época anterior la cripta, el coro occidental, la torre y un pórtico que da acceso a la escalera. La reconstruyó el abad de San Esteban de Caen siguiendo el modelo de su abadía normanda. Era una basílica con tres naves, lo único que se conserva intacto es la cripta con las columnas de estrias helizoídales.

Winchester y Worcester con una magnífica cripta son también del estilo románico anglonormando. La de Durham que se construyó en 1093 a 1128, es la mejor conservada, tiene todavía su cubierta antigua.

De principios del siglo XII quedan las iglesias circulares de Northampton y del Santo Sepulcro en Cambridge.



CAPITULO XXII

La literatura en el continente.

Hemos dicho que la literatura eclesiástica conoció días felices bajo Carlomagno. El movimiento no se detuvo bajo sus sucesores aunque en una forma más lenta. La escuela de palacio dejó de ser el lugar central. Las grandes escuelas son entonces Corbie, Metz, Fulda, Saint Gall, Reichenau, Prüm, Stavelot y Corbie de Saxe. Pero en el siglo IX es Fulda la que atrae sobre todo las miradas; allí como en los prioratos dependientes del gran monasterio, el número de los escolares es considerable.

Rabano Mauro es el fundador de los estudios teológicos en Alemania, e introduce cierto mecanismo en la exégesis medioeval. Pero antes que nada Rabano es pedagogo, lo que le interesa es trasplantar al suelo de Germania el amor de las letras que ha heredado de Alcuino. Está relacionando con los personajes más influyentes de su época y reúne alrededor de él a numerosos alumnos.

El programa de las escuelas monásticas no era muy extenso; los métodos de enseñanza no hicieron rápidos progresos. El progreso fué tanto más lento cuando más tiempo se necesitaba para reconstruir una cultura desaparecida, colocando los cimientos de la nueva que sólo podía propagarse por medios muy limitados e imperfectos.

La falta de precisión en los textos de la Edad Media no permite afirmar que hubiera escuelas exteriores en muchos monasterios. No hay tampoco correlación entre la existencia de una escuela y la presencia de un escritor. Pero se pueden sacar ciertas conclusiones en el caso de las escuelas de oblatos anteriores al siglo XIII, si se tiene en cuenta la costumbre tan generalizada de aceptar a los niños de tierna edad considerándolos como futuros monjes. Las grandes abadías tenían obligación de proporcionar los sacerdotes adscritos a las parroquias, de las que tenían el patronato, por lo que fueron necesariamente el seminario para sus clérigos.

La prosperidad económica y el desarrollo intelectual son siempre el resultado de la fiel observancia de las reglas, y a finales del siglo IX se nota un gran descenso en el estado moral de los monasterios, al mismo tiempo que disminuye la producción literaria.

La restauración de la vida monástica que se lleva a cabo en la segunda mitad del siglo X y en la primera del XI tienen como consecuencia inmediata un renacimiento en los estudios: En Bélgica las reformas realizadas por San Gregorio de Brogne, por el Bienaventurado Ricardo de Verdun y por San Poppon en Stavelot provocan un movimiento literario y artístico verdaderamente notable. En Lieja dominan las altas personalidades del obispo Notger, de Hérierger en Lobbes, de Sigeberto en Gembloux, de San Huberto de Stávelot y de muchos otros.

El mismo fenómeno se reproduce en Baviera, después de la invasión de los húngaros cuando fué necesario hacer resurgir la vida monástica e intelectual.

Wolfgang misionero de Hungría y más tarde obispo de Ratisbona dió un nuevo impulso a la abadía de San Emmeran, que se convirtió en un centro de vida religiosa cuya influencia se extendió a Tegernsee, a Salzburgo a Naderaltaich. San Godehard el futuro obispo de Hidelheim formado también por Wolfgang por medio de sus discípulos hizo que esta influencia se extendiera hasta el Norte de Alemania y hasta Bohemia y Moravia.

La restauración de los monasterios no podrá realizarse sin la erección de escuelas claustrales y es conocida la importación que adquirieron entonces las abadías bávaras. Demostrar la parte activa que los monasterios de la Alta Edad Media desempeñaron en el movimiento literario equivaldría a escribir un resumen de toda la vida literaria de esa época. Así se hable de teología, de exégesis, de historia, de poesía, de matemáticas, de lenguas nacionales, la mayoría de los escritores entre los siglos VIII y XII son monjes. La historia es un dominio que se reservaron, para convencernos de esto es suficiente echar un vistazo sobre las fuentes de los trabajos históricos modernos Wattenbach para Alemania, Gross para Inglaterra, Molinier para Francia, Balau para Bélgica. Toda la literatura de la Alta Edad Media es latina: se ha adoptado la lengua, y se han heredado las ideas de la antigüedad clásica; pero la lengua nacional no se descuida sobre todo en Inglaterra y Alemania.

En Saint Gall, Notker escribe un comentario de los salmos y otro monje traduce la regla de San Benito.

En Fulda durante la primera mitad del siglo IX se traduce en alemán la armonía de los Evangelios de Tatien; en Wissemburgo Otfried compone su poema de la vida de Cristo.

Para comprender a los monjes autores de las obras de estos siglos de fe no basta un conocimiento profundo de la historia literaria, es necesario conocer el medio en que vivieron los escritores y las fuentes donde su inspiración pudo alimentarse.

La comprensión de la regla benedictina con una ascética edificada teológicamente, a pesar de su sencillez aparente, la noción clara del ciclo litúrgico con su profundo simbolismo, la belleza estética de las ceremonias, la variedad de las melodías y la multiplicidad de las lecturas eran los medios de que disponía el cenobita

medieval para desarrollar su sentido de observación y para ensanchar su horizonte intelectual.

En los monasterios tuvo lugar también el origen y desarrollo de las secuencias en la composición de las cuales se rivalizaba en San Gall, en Reichenau, en San Marcial de Limoges; de los dramas litúrgicos y las comedias, de las composiciones musicales de Santa Hildegarda. Por su obligación principal, la del oficio litúrgico los monjes tenían que cultivar el canto sacro. Los monasterios dieron nacimiento a multitud de composiciones poéticas y melódicas.

Si bien está comprobado que la Iglesia recibió de la Antigüedad un sistema musical no es menos evidente que las melodías litúrgicas son obra suya. Cuando Gregorio subió al trono pontificio en 590, estaba admirablemente preparado para la obra musical que quería emprender. Monje del monasterio que había fundado en su casa de Monte Celio, allí la teoría y la práctica de los cantos litúrgicos. Como abad, la organización de la liturgia era, según la regla de San Benito, una de sus obligaciones, y como lo atestigua su obra, poseía el genio musical en el más alto grado. Su obra consistió, no tanto en componer como en reformar y perfeccionar los cantos que se usaban, corrigió lo defectuoso, suprimió lo superfluo, equilibró lo que estaba desproporcionado y consiguió así una unidad perfecta.

Fundó la Schola a la que dotó con magnificencia, las voces de los niños formaban la parte más importante del coro. La hermandad monacal de la Schola cantorum se convirtió en un semillero de maestros, que enviados a los diferentes puntos de Europa enseñaron uniformemente el canto gregoriano. El período de la composición postgregoriana comienza en 607 con la dedicación del Panteón (en honor de la Santísima Virgen y de los Mártires) con Bonifacio IV y se termina con la fiesta del Smo. Sacramento celebrada en 1246 por primera vez. Aparte del antiguo canto declinatorio de los Salmos, cánticos lecturas y oraciones llamados también *accentus* pertenecen al canto gregoriano las melodías de los himnos, antifonas, responsorios y misas denominadas *concentus* por los teóricos. El Antifonario del Papa Gregorio se perdió posteriormente y no se pudieron evitar transformaciones en las melodías. La primera notación occidental se desarrolló en el seno del canto gregoriano a partir del siglo IX pero como estas notas llamadas neumas no admitían una fijación exacta de la altura del sonido, ni de su duración, sólo servían de ayuda mnemotécnica para la tradición viva de maestro a discípulo.

En Roma se llevó a cabo la codificación del canto gregoriano, y de aquí está nueva cultura fué llevada por la fuerza misionera de la iglesia a través de la Galia, de Britania de Lombardía y de los Alpes, hacia los países de la Europa Central. San Bonifacio erigió capillas de música en los obispos de Würzburgo y de Eichstätt y en 744 en el monasterio de Fulda con los cuales Reichenau y San Gall compitieron. A iniciativa de Alcuino, Carlomagno basa

en ellos un sistema de academias monacales de música. Los músicos de San Gall siguiendo los modelos bizantinos crearon nuevas formas musicales. Estas formas son el tropo cuyo creador parece haber sido el monje Tutilo y la secuencia creada por Notker. En los tropos se encuentra la primera raíz de los Misterios de la Pasión y fueron absorbidas por la canción popular religiosa.



CAPITULO XXIII

Las bibliotecas.

Según el testimonio de las más antiguas reglas monásticas la lectura era en los monasterios una ocupación regular que fué ganando importancia a medida que el monasticismo se propagó en la Iglesia Latina y esto trajo como consecuencia lógica la creación de Bibliotecas importantes en proporción con el número de habitantes del monasterio, la extensión del oficio divino y el cultivo de las letras. El amor de los libros era una de las características de los verdaderos monjes. Los libros son sus guías, sus maestros, su consuelo, los libros que salvaron y multiplicaron a costa de cuánta paciencia y tenacidad. San Bonifacio reclamaba los libros y la abadesa Eadbruge respondía a sus deseos. Santa Gertrudis de Nivelles mandaba traer sus manuscritos a Roma.

Después del Renacimiento Carolingio, el tesoro literario de Gاليا y de Germania se enriquece año tras año. Carlomagno organiza la biblioteca de palacio. San Wandrille, San Riquier, Corbie, Aniane poseen hermosas colecciones.

Salzburgo se enriquece con los regalos de Arnon; SanGall es famoso por sus tesoros en libros; Reichenau en 822 posee más de cuatrocientos cincuenta manuscritos. Fulda, Seligenstadt, Lorsch tienen la misma celebridad. En Wissemburgo hay un servicio de préstamo de libros.

El abad Lupo de Ferrières es un tipo muy interesante de bibliófilo. Había recibido su formación de los discípulos de Alcuino en Ferrières, después de Rábano Mauro en Fulda, también de Einhard. Lupo aprovecha su permanencia en Fulda y la vecindad de Seligenstadt para hacerse una provisión de copias. Al volver a Francia sigue en relaciones con Fulda y por el intermediario de sus amigos de la abadía de Prüm sigue pidiendo copias; lo mismo que de Tours y de Roma. Escribe a York e interesa al abad Altsig en sus piadosos deseos. Organiza dos talleres de copistas uno en Ferrières otro en Saint Josse sur Mer. Exige que sus copias sean cuidadas y correctas, es un humanista que se adelanta a la época. El

abad Guillermo de Dijon tiene a su servicio escribas e iluminadores y hay tantos otros que sería interminable el enumerarlos.

Nunca se podrá estimar bastante la parte que corresponde a los modestos copistas de la Edad Media, en la conservación de las obras de la antigüedad clásica. La erudición moderna comienza a hacer justicia a los copistas y comentaristas de los antiguos clásicos. Pero cuántos sectarios de mala fe niegan hasta la fecha la gran deuda que contrajo la humanidad con esos pacientes escritores, apasionados por la verdad y la hermosura, copistas fervorosos que forman los eslabones por medio de los cuales nos remontamos a los siglos de la antigüedad clásica.



CAPITULO XXIV

La Arquitectura románica.

El arte elaborado a partir de Carlomagno hasta fines del siglo XI es el arte románico, alguna vez ha sido llamado el arte monástico. Si se quiere decir con esto que los monjes fueron los únicos artistas de estas bellas y numerosas iglesias que se levantaron en todas partes, no es exacta esta apreciación, pero sí por esto se entiende que fué bajo la inspiración y la influencia de las grandes órdenes religiosas que fueron decoradas las grandes iglesias de los siglos XI y XII, el arte románico sí, es el arte de los monjes. El nombre de arte románico hace alusión a lo que las escuelas occidentales tomaron precisamente del arte de Roma. Así como se formaron las lenguas romanas por evolución del latín vulgar, alteraciones que el pueblo vino haciendo de los vocablos sobre todo en las provincias, así el arte románico se renovó sobre las formas que se usaban en las provincias y que eran distintas de las de la capital. Hacia al año mil había la firme creencia de que se acabaría el mundo, y esta creencia tomaba aún más fuerza por las guerras perpetuas y las naturales consecuencias de ellas: miseria, hambre, peste etc. Después del año mil por la nueva confianza que sintió la humanidad pasada la época de su terror, hubo como consecuencia un movimiento espiritual de acción de gracias, y se experimentó un verdadero amor constructivo. Quién no conoce la frase del monje Raúl Glaber quien dice, que después del año mil la cristianidad se revistió de tantas iglesias que parecía como si llevara un vestido de esplendente blancura.

La mayor parte de los edificios que se conservan de esta época son iglesias, las más ricamente decoradas fueron la de las abadías y sobre todo aquellas donde se veneraban reliquias. Los santuarios famosos atraían a los fieles en tal forma que fué necesario para recibirlos, ampliar las naves, crear los deambulatorios.

Tienen una planta bastante fija que recuerda la de las antiguas basílicas con 3 ó 5 naves longitudinales y una nave transversal que forma el llamado crucero, porque los monjes necesitan local especial para estar separados de los fieles. La bóveda de la nave

principal es de cañón por lo que los soportes se vigorizan (núcleo interior prismático y contra las cuatro caras columnas empotradas) para contrarrestar el empuje. Las naves laterales son de dos pisos con bóvedas de arista, las inferiores, y las superiores con bóvedas de cuarto de cañón. Se suelen continuar las naves más allá del crucero por detrás del ábside mayor formando la jirola donde se abren también capillas absidiales. La jirola es más propia de los grandes monumentos de la última época del período románico que construyeron los monjes de Cluny. Los capiteles de las columnas están decorados con hojas o con temas geométricos. Otros tienen formas fantásticas, que, con el objeto de herir la imaginación las materializaban y hacían representaciones de Angeles, demonios, monstruos irreales con los que se personifican los vicios. Los "porches" o pórticos son característicos del estilo románico como los muros son sumamente gruesos están formados por arcos concéntricos y en las arquivoltas de cada arco el cincel hizo primores. Entre el arco y el dintel queda un espacio que se ornamentaba con esculturas el motivo del de Notre Dame de Poitiers es el juicio final. En el tímpano de la iglesia de Moissac está representada la escena descrita por San Juan en el Apocalipsis, del Señor en un trono entre cuatro animales y 24 ancianos con cítaras y coronas.

La iluminación de las iglesias románicas es muy variada: las que tienen la nave central más alta que las laterales se iluminan como las basílicas antiguas por ventanas que se abren en ese espacio, otras reciben la luz sólo de la torre linterna y del rosetón de la fachada.

El arte románico que se constituye a fines del siglo X se emancipa más y más de la copia tradicional. Se despoja gradualmente de su sencillez y de su rudeza y tiene su apogeo durante el siglo XII en una serie de creaciones de gran vigor y frescura hasta el momento en que las diversas escuelas románicas se fundirán en el arte ojival. El despertar de la arquitectura coincide con el gran movimiento de reforma monástica que sale de Cluny y se extiende de Borgoña a Italia y de España a Polonia pasando por Alemania. La influencia de las diferentes órdenes religiosas imprime un sello característico a los edificios de las regiones dominadas por ellas. La escuela arquitectónica de Lombardía ejerció su influencia sobre Normandía y Borgoña y por medio de Guillermo de Dijon y de Lanfranc, en Bec.

La orden monástica de Cluny gracias a su centralización estuvo influenciada por el arte de Borgoña que rápidamente se extendió más allá de las fronteras francesas.

En Francia fué decisiva la influencia de los monasterios en el desarrollo de la arquitectura.

De todas las escuelas francesas la que conserva más formas de los edificios romanos es la Provenza, las principales iglesias de este grupo son las de Carpentras, Nimes, Cavillon los dos de Arlés San Gil y San Trófimo y la catedral de Aviñón.

La escuela de Auvernia también se considera muy importante; cuenta; con monumentos tan famosos como la catedral de Puy, las iglesias de Clermont y Nuestra Señora la Grande de Poitiers.

En el Norte de Francia, las abadías normandas en general por medio de los obispos y abades, que provenían de la orden benedictina, ejercieron como hemos dicho gran influencia en la arquitectura anglonormanda.

Por medio de Hisau se propaga la reforma cluniacense en Alemania con su abad Popone di Stablo en 1048. Esta escuela admite los lineamientos generales establecidos por Cluny pero no se estanca en la copia; desarrolla los temas proporcionados por la abadía borgoñona; se inspira en las lecciones recibidas en San Emmeran de Ratisbona, las adapta a las circunstancias y ejerce una acertada influencia en el desarrollo del arte nacional.

El obispo Meinwerk en Paderborn, el arobispo Annon II en Colonia la favorecen en absoluto. Los monumentos levantados durante este período de renacimiento monástico que comprende el final del siglo X, el siglo XI y los principios del XII, en Suabia, Suiza, Alsacia al Palatinado, Baviera, Franconia y en las fronteras de Austria, son innumerables.

La historia adquiere datos valiosos al seguir en la arquitectura las transformaciones de las grandes abadías —Cluny— La pequeña iglesia del duque Guillermo fué reconstruida en 1089, el monje Gauzon fué el que dirigió las construcciones.

La descripción de este templo de la Historia del arte de Pijoan Tomo II pág. 363 dice como sigue:

"El templo tenía un larguísimo atrio o nártex con tres naves, vasto ya por sí sólo como una gran iglesia, después por una puerta decorada con innumerables esculturas se entraba en la basílica, de cinco naves, con dos cruceros paralelos, cada uno con varias ábsides o capillas y un gran coro en el fondo, también con otros ábsides pequeños y jirola. Sobre el crucero posterior se levantaba un fino cimborio octagonal y sobre el crucero anterior, cercano al santuario, la llamada torre de las lámparas, y a cada lado de la puerta del nártex, dos grandes campanarios cuadrados con su flecha, el uno destinado a archivo y el otro a encierro o prisión de la abadía. La nave central, inmensa, con sus dobles naves laterales, estaba cubierta con bóveda de medio punto. Tenemos noticia vaga de las esculturas que adornaban la puerta de entrada. Al lado de la iglesia estaba el claustro, rodeado del refectorio, cocina, almacenes y bibliotecas y las dos casas abaciales situadas ya fuera del núcleo de edificios del monasterio. Sabemos que en las paredes del refectorio estaban pintadas varias escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento con retratos de los abades y bienhechores de la casa, y en el plafón del fondo, la visión del Juicio Final. Todas las dependencias así como las huertas y jardines, estaban rodeadas de una robusta muralla, y otro recinto fortificado rodeaba la pequeña población de Cluny, que se extendía sobre una pendiente de la colina próxima".

Cluny permaneció intacto hasta la revolución pero hoy puede decirse que nada queda de la gran iglesia y del cenobio, a excepción de algunas paredes: una parte del crucero con una torre en ruinas, sosteniéndose en el aire. Los arcos son ya apuntados y los capiteles que subsisten, muestran adornos formados por una singular profusión de hojas y animales.

Arte románico en España

En Galicia donde la piedad llamaba a los fieles de toda Europa para venerar el sepulcro del Apóstol Santiago se creó una escuela influida por la ética románica de la Francia Meridional.

La gran catedral de Santiago es el monumento más importante de esta época en España.

La planta de este gran santuario es muy parecida a la de San Saturnino de Tolosa. Tiene una complicada jirola con ábsides y dos pisos en las naves laterales, formando galerías que dan a la nave central. La puerta lateral llamada de las Platerías es la obra más antigua de escultura que posee la catedral de Santiago. Más tarde la fachada fué decorada con la obra más importante del arte español en los tiempos medios, es un pórtico lleno de esculturas, conocido desde tiempos muy antiguos con el nombre de Pórticos de la Gloria. Por una inscripción grabada en el dintel de la puerta se conoce el nombre del maestro que dirigió la obra: Mateo. El pórtico está lleno de esculturas; dentro de él se abren tres puertas con columnas apoyadas sobre bases y sobre estas columnas hay figuras de apóstoles y profetas. Una columnita de mármol adosada a un pilar sirve de pedestal a una gran estatua del apóstol Santiago. En medio del tímpano se destaca una imagen gigantesca del Cristo, de más de cinco metros de altura.

Las tres grandes iglesias castellanas románicas son las de: Salamanca, Toro y Zamora. Tienen generalmente una cúpula de piedra, que se levanta en el crucero de las dos bóvedas de cañón de la nave transversal y la principal; estas cúpulas también se encuentran en muchas iglesias monásticas en Castilla y en la región catalana.

Otra iglesia que tiene una cúpula como éstas es la de Santo Domingo de Silos. Por una biografía del santo, escrita por un discípulo suyo, se tiene la descripción de la iglesia. El claustro tiene capiteles con pájaros fantásticos y monstruos orientales. Aunque en la construcción trabajaron esclavos árabes la dirección se debe exclusivamente al fundador del gran cenobio castellano.

La región del condado de Barcelona era un estado aparte pero sujeto a la influencia francesa. La obra arquitectónica más importante de esta región es la Seo de Urgel edificada por San Armengol. Sólo tiene tres naves; sus siete ábsides están repartidos, cinco en el fondo de la iglesia y dos en los testeros del crucero de

bajo de las torres. Toda la catedral está construida con el granito del Pirineo son toscos sus relieves porque el material es muy duro.

La gran iglesia de Ripoll fué levantada de nuevo desde sus cimientos por el gran abad Oliva en 1032. Con sus monjes intervino personalmente en la dirección de las construcciones aunque las obras de albañilería fueron confiadas a alguna de esas familias de maestros lombardos que también tomaron parte en la construcción de la Seo de Urgel. La portada de Ripoll tiene una sola puerta con derrames de columnas. La archivolta está decorada con escenas de la vida de San Pedro; en lo alto la figura de Jesús con los ancianos del Apocalipsis.

El gran abad Oliva erigió una catedral románica en Vich; también las iglesias de las casas benedictinas de Cuxá y San Martín de Canigó fueron construidas bajo la dirección de los monjes ripollenses. Todas estas iglesias tienen aun vestigios de haber sido estucadas y policromadas.

CAPITULO XXV

Artes menores.

Se puede decir que durante toda la alta Edad Media las artes plásticas se cultivaban únicamente en los monasterios. La iglesia necesitaba objetos para el culto: cálices, arcas, relicarios, libros litúrgicos. Había diferencias en la aplicación de esta ornamentación y se pueden distinguir los grupos: franco, lombardo, visigodo, meridional, pero ninguno de ellos alcanza la pureza y finura de las obras anglosajonas.

El renacimiento carolingio fué un florecimiento brillante pero efímero del arte. La acción del palacio real fué poderosa sobre los grandes monasterios del imperio y San Martín de Tours, San Riquier, San Wandrille, Corbie se convierten en centros artísticos cuya influencia se ejerce sobre otras cosas. Sigue imperando el arte irlandés pero comienzan a abrirse paso las influencias bizantina, oriental y árabe. Si anteriormente era difícil distinguir las diferentes escuelas caligráficas, en esta época comienzan a diferenciarse por lo que durante el período carolingio ya se pueden atribuir las escrituras a diferentes escuelas.

La escuela de palacio cuya influencia se hizo sentir en Paris y Soissons, una escuela del Loira con Tours y Fleury como centros, otra en Corbie, otra en Colonia, otra en San Gall centro muy activo de copia y decoración que tiene una originalidad muy marcada.

A fines del siglo XI Francia ha retrocedido en el arte de la miniatura y Alemania, en cambio, ha progresado gracias a la restauración del imperio con los otónidas. Son prodigiosas las miniaturas de los manuscritos que acostumbran tener en la primera página una gran composición con la imagen de su poseedor era de gran fama el *scriptorium* de Reichenau donde el Papa Gregorio V pedía sus manuscritos litúrgicos; Fulda, San Maximino de Trèves, Echternach que en el siglo XI adquiere aun más importancia que Reichenau y la reemplaza en la ejecución de los manuscritos de lujo destinados a los emperadores; San Emmeran de Ratisbona que ejerce su influencia sobre el Salzburgo, Tegernsee y hasta Bo-

hemia; Helmarshausen donde el miniaturista Hermann es famoso; los monasterios lotaringios en todo el territorio de lo que hoy es Bélgica, donde se encuentran afinidades de la escuela renana y anglosajona.

En la escuela Hispano meridional las Biblias con escenas que ilustran el texto, y adornadas con bellas iniciales. Pero el texto bíblico que prefieren ilustrar en los monasterios españoles es el Apocalipsis con sus visiones de monstruos ángeles y seres complicados. Los miniadores castellanos dieron decoraciones variadas a un texto local que era el comentario de un monje del monasterio de Liébana sobre el Apocalipsis.

La pintura no es sino el desarrollo y la amplificación de la miniatura aplicada a la decoración mural. Desde el siglo IX se habla en Francia de las pinturas ejecutadas en San Wandrille por un artista de Cambrai. La obra más completa de decoración son las pinturas de la iglesia de San Sabino en el Delfinado. San Gall en el siglo IX fué decorado por monjes que habían venido de Reichenau y cuya obra fué considerable. La técnica de estos artistas es la misma en todas partes, las reglas fueron formuladas por el monje Teófilo, émulo del monje Tutilón de San Gall, orfebre y pintor.

En Italia los monjes benedictinos antes de restaurar Monte Cassino y de poblar los nuevos monasterios de Camapania, se inspiraron en las tradiciones de arte poderosamente influenciadas por Bizancio. En el siglo XI se forma una escuela importante de decoración mural gracias a la impulsión del abad Desiderio. A estos artistas se unen los del scriptorium: calígrafos y miniaturistas creadores de la letra más clara y elegante, la letra casinense, y de la biblioteca más rica de la Edad Media.

En España la decoración mural más conocida es la de la región catalana. La pintura mural no era únicamente un adorno, era la Biblia en imágenes. Era la vida de los santos en acción, era toda una enseñanza por la vista que impresionaba a los espectadores.

No se puede separar de la pintura mural, la pintura al vidrio para decorar los ventanales, las vidrieras con historia. No se sabe exactamente en que fecha debió comenzar el uso del plomo para unir las partes de vidrio de distinto color. El honor de esta invención corresponde a Francia.

Eran mosaicos de vidrios de diferentes colores: se dibujaban las figuras sobre un papel, se recortaban en vidrios de tonos diversos y se reunían con plomo que formaba las líneas del dibujo. Las más antiguas conservadas en Francia son las de San Dionisio, después las de Chartres, Angers, Poitiers y Reims., en tiempo del arzobispo Adalberón (669 988).

A fines del siglo X la abadía de Tegernsee Baviera tiene una escuela de pintores al vidrio. A partir del siglo XII la pintura sobre vidrio se generalizó en todas las regiones.

El arte cristiano tal como se practicó en los primeros monasterios fué muy modesto en sus principios, pues los objetos fabricados aunque de materiales preciosos, eran muy pequeños y su ornamentación enteramente superficial. Imitan el arte bizantino importado de Italia y el arte anglosajón que por medio de los misioneros irlandeses e ingleses hace revivir en Galia las antiguas tradiciones abandonadas. Los motivos geométricos y la estilización de la fauna y la flora serán una fuente de inspiración para los talleres monásticos.

La escultura se inspira en las producciones de la pintura y los motivos que se admiran en los marfiles, bastante abundantes en esa época, son los mismos que se encuentran en los manuscritos iluminados.

A fines del siglo X, época de los Otones, el arte alemán está ya constituido mientras que el arte francés encontrará su forma definitiva hasta el siglo XII.

El arte monumental del norte de Alemania se inicia con las puertas y la columna de bronce de Hildesheim en tiempos del obispo artista Bernardo.

En el siglo XII es notable la obra del benedictino Rogerio de Helmershausen formado en las escuelas de los orfebres romanos.

Se funden joyas maravillosas de oro y plata para guardar las reliquias de los santos patronos de cada lugar como la famosa arca llamada de los Reyes Magos, de la Catedral de Colonia, que tiene la figura de una gran Iglesia. La influencia germánica se hizo sentir en San Dionisio por medio de los artistas loreños que Suger mandó llamar a principios del siglo XI para enriquecer su abadía con obras de arte. Pero en el trabajo de los metales lo que más caracteriza a Francia en la época románica son los esmaltes limosinos. Los artistas de Limoges abandonan la técnica costosa de los esmaltes cloisonnés bizantinos, por los esmaltes llamados *champlevé* que no tienen las cloisons o depósitos

Por su lado Cluny ejerce su influencia principalmente en Auvernia donde se forma un centro de arte románico en la abadía de la Chaise-Dieu.

El monasterio de Reichenau era conocido por sus relieves sobre placas de oro. Tegernsee donde el monje Werinker era a la vez grabador, fundidor, calígrafo y miniaturista.

En Italia a fines del siglo XI reaparecen las escuelas de escultura y es Monte Casino el centro de este renacimiento. El abad Desiderio envía a un monje de su monasterio a Constantinopla para que se forme con los orfebres del taller imperial. Y al mismo tiempo los mosaístas griegos de Constantinopla imparten conocimientos a sus jóvenes religiosos. Italia encuentra entonces en la venerable abadía maestros y modelos.

Los monasterios belgas presentan un espectáculo maravilloso de los siglos X al XII. San Huberto a mediados del siglo XI cuenta con cincuenta monjes y entre ellos el cronista menciona el talen-

to de Foulkes famoso por la iluminación y las letras capitales de sus manuscritos, y por sus esculturas en piedra. En Lieja dos abadías obedecen a las reglas de San Benito y han seguido la influencia artística lorena.

El arte es tan inseparable de la religión como el de la ciencia; donde se levanta un monasterio hay indefectiblemente una escuela y un taller. La orfebrería será durante muchos siglos la ocupación favorita de los monjes.

No se acabarían de citar abadías y monjes que se distinguieron por sus producciones artísticas a pesar de ser pocos los nombres que han llegado hasta nosotros pues la mayoría de los artistas no firmaban ni sus piezas de orfebrería, ni sus maravillas caligráficas. Estos hombres tenían presente el precepto de la regla donde se recuerda a los operarios que no deben enorgullecerse de su habilidad. La humildad fué su gran fuerza pues trabajaban para Dios.

CAPITULO XXVI

Conclusión.

Ante estos hechos comprobados en la historia de los diferentes países que abarca este trabajo, resultan huecos y faltos de sentido los ataques lanzados contra las órdenes monásticas de la Edad Media y contra esta misma época que los mal informados culpan de oscurantista y retrógrada. La erudición moderna cada día encuentra más y más pruebas de esa maravillosa cultura de la Edad Media que floreció en los claustros.

Para juzgar una época es necesario compenetrarse de las diferentes influencias que durante ella se ejercieron sobre los individuos, del ambiente que los rodeaba, de lo que entonces eran los ideales predominantes. Los monasterios fueron centros de civilización pero ante todo escuelas de santidad y focos poderosos de vida sobrenatural, no para los espíritus rebeldes, de esta época que se creen rebajados porque tienen que sujetar su criterio a algo, que por ser superior, no están en medida de comprender.

Todas las clases sociales proporcionaban personal a los monasterios. Esos hombres que venían de todas las condiciones y de todos los países: niños y ancianos, nobles y plebeyos, clérigos y laicos, sólo perseguían un objeto la unión con Dios por la abnegación de sus personas en el ejercicio de la caridad; la virtud de sus sacrificios no era una lección perdida para el mundo, tenía influencia sobre sus familiares y sobre todos los que los rodeaban.

El monasterio centro de cultura religiosa intelectual y económica se convirtió en uno de los factores más importantes de la vida social. La majestad de los oficios divinos en las iglesias monásticas, enteramente adecuadas para elevar y reconfortar las almas, la oración no interrumpida de las salmodias del claustro atraían hacia ellos a los pueblos que los rodeaban y que encontraban allí un refugio contra las injusticias de los poderosos. En aquel tiempo se llamaban señores feudales, ahora ¿cómo se llamarán?

No se insistirá nunca bastante en los beneficios que esas generaciones de monjes prestaron a la sociedad: por el trabajo de sus manos, por la influencia de sus energías intelectuales; sería injusto desconocer la importancia de su actividad moral y de la influencia bienhechora que ejercieron a su alrededor.

Ellos llenaron su misión. ¿Podrán decir lo mismo las instituciones que derrocándolos y criticándolos han pretendido suplantarlos?



BIBLIOGRAFIA GENERAL

- MONTALEMBERT. LES MOINES D'OCCIDENT. *Cinquième Edition*. Librairie Jacques Lecoffre. 1878.
- ELIE FAURE. HISTOIRE DE L'ART. *Paris... Les Éditions G. Gres de Cie.* MCMXXIV.
- O. MAYER SIERRA. ENCICLOPEDIA DE LA MÚSICA. *Traducción y Adaptación Españolas*. Editorial Atlante. México, D. F. 1943.
- ABBOT GASQUET. THE ANTIQUAIRE BOOKS. *English Monastic Life. Third Edition*. Methuen and Co. 36 Essex St. W. C. London.
- FRANCESCO ZANNETTI. TUTI I PAPI ATTRAVERSO LE CURIOSITA EGLI ANEDOTTI.
- VALDEMAR VEDEL. IDEALES CULTURALES DE LA EDAD MEDIA. *Traducción del danés de Jaime Ruiz Manent*. Editorial Labor, S. A. Barcelona. Buenos Aires.
- EDOUARD SHNEIDER. LES HEURES BÉNÉDICTINES. COLLECTION. "*Les Grands Ordres Monastiques*". Publié sous la direction de Edouard Shneider. Chez Bernard Grasset. 1925.
- L. M. SMITH. THE EARLY HISTORY OF THE MONASTERY OF CLUNY. *Somerville College Oxford. Humphrey Melford. Oxford*. University Press. London, New York, Toronto, Melbourne, Cape Town, Bombay, Calcutta, Madras, Shangai, Peking, Copenhagen. 1920.
- VICENTE LAMPEREZ. HISTORIA DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA. Espasa Calpe, S. A. Bilbao, Madrid. Río Rosas 24. 1930.
- DOM DAVID KNOWLES OF DOWNSIDE. THE MONASTIC ORDERS IN ENGLAND. Cambridge University Press.
- V. URSMER BERLIERE. ABBAYE DE MAREDSOUS. L'ORDRE MONASTIQUE. "*2ième Edition*". *Revue et complétée*. Paris. P. Lethielleux. Rue Cassette 10. Desclée et Cie. Rue Saint Sulpice 30. 1921.

- D. G. MORIN. ABBAYE DE MAREDSOUS. L'IDEAL MONASTIQUE ET LA VIE CHRÉTIENNE DES PREMIERS JOURS. Paris. P. Lethielleux. Rue Cassette 10. Desclée et Cie. Rue Saint Sulpice 30. 1921.
- DOM CUTHBERT BUTLER. DE L'ABBAYE DE DOWNSIDE. Traduit de l'anglais par Charles Crolleau. LE MONACHISME BÉNÉDICTIN. Paris. J. G. de Gigord. Editeurs. 15 Rue Cassete. (XVI.)
- R. P. JUSTO PEREZ DE URBEL. BENEDICTINO DE SILOS. SEMBLANZAS BENEDICTINAS. Gaztambide 3. Madrid. MCMXXXVIII.
- P. BRUNO AVILA. LA ORDEN DE SAN BENITO. Ediciones C.E.P.A. Buenos Aires.
- R. P. JULIAN ALAMEDA. O. S. B. SAN BENITO.
- J. PIJOAN. HISTORIA DEL ARTE. *El Arte a través de la Historia. Tomo II.* Barcelona. Salvat y Cia., S. en C. Editores. Calle de Mallorca 220.
- WALTER GOETZ. HISTORIA UNIVERSAL DIRIGIDA POR. VERSIÓN ESPAÑOLA DE GARCÍA MORENTE. Tomos III y IV. Espasa Calpe, S. A. Madrid. 1934.
- RICHARD GREEN. *WORLD'S BEST HISTORIES. New York and London.* The Cooperative Publication Society. England.
- VICTOR NILSSON. SWEDEN.
- ALFRED RAMBAUD. RUSSIA. *Translated by Leonora D. Lang.*
- JOHN LOTROP MOTLEY. DUTCH REPUBLIC.
- HENRY HALLAM. HISTORY OF EUROPE DURING THE MIDDLE AGES. *Revised Edition.* New York. P. F. Collier and Son.
- ABBE R. AIGRAIN. LITURGIA. *Encyclopédie populaire des connaissances Liturgiques.* Paris. Libraire Bloud et Gay. 3 Rue Garancière. 1931.
- M. GUIZOT. HISTORIA GENERAL DE FRANCIA. *Traducida por el Doctor Don Federico Schwartz.* Barcelona. José Espasa, Editor. Calle de las Cortes 221. Tomos I y II.
- MODESTO LAFUENTE. HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA. *Desde los tiempos primitivos, hasta la muerte de D. Fernando VII, continuada desde dicha época hasta nuestros días, por Don Juan de Valera.* Barcelona. Montaner y Simón, Editores. Calle de Aragón, números 309-311. 1888.
- MEMORIAS DE LA REAL ACADEMIA. *Investigaciones Históricas sobre el Origen y Progreso del Monacato Español hasta la irrupción sarracena a principios del Siglo VII. Leídas en la Real Academia de la Historia por su Individuo Antonio de Silos.*
- MAX ROOSES. ARS-UNA-SPECIES-MILLE. HISTOIRE GÉNÉRALE DE L'ART. Flandre. Librairie Hachette et Cie. Boulevard Saint Germain. Paris 1913.

LOUIS HOURTICQ. FRANCE. *La misma Edición que la anterior.*

AGUSTIN MILLARES. TRATADO DE PALEOGRAFÍA ESPAÑOLA. *Catedrático de la Universidad Central y Archivero Bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid. 2ª Edición corregida y aumentada. Madrid. Librería Casa Editora Hernando, S. A. Calle del Arenal 11. Madrid.*

SAN GREGORIO MAGNO. VIDA DE SAN BENITO. *Versión Castellana del R. P. Bruno Avila, O. S. B. Monasterio de San Benito. Buenos Aires. Segunda Edición. C.E.P.A. Buenos Aires. 1943.*

BRUNO AVILA. O. S. B. REGLA DE SAN BENITO. (REGULA MONACHORUM). *Monasterio de Buenos Aires. Gladium. Buenos Aires. 1939.*

JUAN BENEYTO PEREZ. TEXTOS POLÍTICOS ESPAÑOLES DE LA BAJA EDAD MEDIA. *Instituto de Estudios Políticos de Madrid. MCMXLIV.*

INDICE

	PAG.
Prólogo	7
CAPITULO I	
Explicación preliminar	11
CAPITULO II	
San Antonio, el Anacoreta. El Cenobio: San Pacomio	13
CAPITULO III	
El Monasticismo en el mundo romano	15
CAPITULO IV	
Estado social del Imperio antes de San Benito	17
CAPITULO V	
San Benito	23
CAPITULO VI	
El Monasterio	27
CAPITULO VII	
El Monasticismo con Casiodoro y San Gregorio el Grande.....	33
CAPITULO VIII	
Los monjes y su apostolado en Gran Bretaña	35
CAPITULO IX	
Los monjes anglosajones en Germania	39
CAPITULO X	
Los monasterios germanos y la evangelización de los eslavos.....	43
CAPITULO XI	
Reorganización de los monasterios ingleses durante el Siglo X.....	45
CAPITULO XII	
Los monjes Benedictinos en España	49
CAPITULO XIII	
El Monasticismo en Francia	51
CAPITULO XIV	
Orígenes e influencia de Cluny	53

I N D I C E

PAO.

CAPITULO XV	
Influencia civilizadora y cultural del Monasticismo	61
CAPITULO XVI	
Las letras y las artes en Irlanda	69
CAPITULO XVII	
Cultura literaria de los monjes benedictinos	73
CAPITULO XVIII	
Inglaterra	77
CAPITULO XIX	
El scriptorium	81
CAPITULO XX	
Las bibliotecas monásticas y su contenido	83
CAPITULO XXI	
La iluminación de manuscritos y la arquitectura románica en Inglaterra	85
CAPITULO XXII	
La literatura en el continente	89
CAPITULO XXIII	
Las bibliotecas	99
CAPITULO XXIV	
La arquitectura románica	95
CAPITULO XXV	
Artes menores	101
CAPITULO XXVI	
Conclusión	105
Bibliografía	107